

JOSE JUAN CADENAS y SINIBALDO GUTIERREZ

UN CONTRATO LEONINO

FARSA EN TRES ACTOS

original del autor norteamericano

EDUARDO PEPLÉ

VERSIÓN CASTELLANA



Copyright, by J. Juan Cadenas y S. Gutiérrez, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

UN CONTRATO LEONINO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UN CONTRATO LEONINO

FARSA EN TRES ACTOS

original del autor norteamericano

EDUARDO PEPLÉ

versión castellana de

JOSÉ JUAN CADENAS y SINIBALDO GUTIÉRREZ

Estrenada en el TEATRO ESLAVA de Madrid, el día 17 de
febrero de 1919



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup

TELÉFONO, M 351

1919

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ADELAIDA.....	Josefina Morer.
FLORENCIA.....	Carmen Carbonell.
EUFEMIA.....	Ana M. Quijada.
NELLY PARKER.....	Isabel Garcés.
JIMMY.....	Soledad Domínguez.
GUILLERMO J. MICHIGAN....	Ricardo Simó-Raso.
ALFREDO WILSON.....	Francisco Hernández.
TOMÁS PALMERSTON.....	Luis Peña.
TONY SIMPSON.....	Fernando Aguirre.
SAMUEL SMITH.....	Manuel Collado.
JACK.....	Juan M. Román.

ACTO PRIMERO.—Las oficinas de la Sociedad explotadora de las píldoras estomacales ¡Eureka!

ACTO SEGUNDO.—Domicilio particular de Alfredo Wilson, dos semanas después.

ACTO TERCERO.—Lo mismo que el anterior, otra semana después.

ACTO PRIMERO

La escena representa la Sociedad de las píldoras «Eureka». Al foro derecha puerta que conduce al exterior. Al foro izquierda puerta por la que se pasa al almacén. A derecha e izquierda, primer término, dándose frente, dos mamparas con sendas placas de gran tamaño en las que se lee: derecha, «Alfredo Wilson.—Particular.» Izquierda, «Guillermo J. Michigan.—Particular.» Mesita con maquina de escribir hacia el centro derecha. A la izquierda mesa escritorio para el tenedor de libros: taburete alto Teléfono sobre la mesa. Junto a la mesa, en la pared de la izquierda hay una ventanilla que da a la tienda. Caja de caudales en un ángulo. Archivador de cartas al foro. Otros detalles de oficina-despacho estilo norteamericano. En el centro una mesita sobre la cual están apiladas multitud de cajas envueltas en papel morado y paquetes de prospectos. Al foro gran cuadro para fijar el cartel anunciador de las píldoras «Eureka»

(En escena NELLY PARKER, mecanógrafa, sentada en su puesto escribe rapidísimamente. JACK en el escritorio de la derecha trabajando en sus libros. JIMMY, el chico de recados, entra por el foro derecha, trayendo un paquete de cartas. Deja unas cuantas en el despacho de Guillermo J. Michigan, otras en el de Alfredo Wilson y el resto sobre el escritorio del tenedor de libros.)

Jimmy
Nelly

Una carta para usted, señorita Parker.
Démela usted, Jimmy. (Entregándole un papel)
Y vaya usted a depositar este telegrama...
¡Pero en seguidita!

Jack

(Al ver que Jimmy se dispone a charlar con Nelly.) Y pregúntele usted al encargado del muelle si embarcó ya este pedido... Pero a escape, que

267-3
T 2-53
1.60

- estamos en Nueva York... y en Nueva York el tiempo es oro.
- Jimmy** Será para algunos... Para mí, el tiempo apenas si es calderilla.
- Nelly** (Llamando.) ¡Jimmy!
- Jimmy** (Coge los papeles que le da Jack y se dirige a Nelly.) ¡Voy! ¡Cómo he de hacer tantas cosas a un tiempo! Ni que uno fuera un camión-automóvil. (Tomando violentamente el telegrama que le tiende Nelly.)
- Nelly** No. Es usted una tortuga... Y en Nueva York el que no corre vuela. (Escribiendo a máquina.)
- Jimmy** (Sonriendo complacido.) Con sus manitas blancas, que parecen dos palomas revoloteando sobre el teclado... Si quisiera usted casarse conmigo, ¿sabe usted lo que yo haría?
- Nelly** ¿Qué?
- Jimmy** (Sentimentalmente.) Irme a pasar con usted la luna de miel al fin del mundo.
- Nelly** ¡Qué bonito!
- Jimmy** A una isla desierta... ¡Y luego la dejaría a usted allí! (Nelly le da una bofetada, medio risueña medio indignada. Jimmy retrocede burlándose.) ¡Miaul!
- Jack** ¡A la calle, granuja! (Jimmy vase por el foro derecha. Entra ADELAIDA por el foro izquierda. Jack vuélvese rápidamente en su asiento. ¡Oh, señora Wilson! (Levantándose presuroso. Le ofrece asiento junto a la mesa del centro.) ¡Tome usted asiento! (Fingiéndolo no parar mientes en la mecanógrafa, mientras desciende al primer término.) ¿Cómo está usted, amigo Jack? (Por la silla.) Gracias, tengo prisa. ¿No está mi marido en su despacho?
- (Nelly la mira un segundo y escribe muy ruidosamente.)
- Jack** El señor Wilson salió hace poco... Dijo que no tardaría en volver.
- Adel.** ¡Qué fastidio! (Mirando el reloj) Le anuncié por teléfono que vendría a las once y media... (Dirigiéndose al despacho de la izquierda.) Veré mientras tanto al señor Michigan... Tengo que hablarle...
- Jack** Es que... no está tampoco, señora Wilson. Fué al Banco.
- Adel.** (Desistiendo.) ¿Sí? A los hombres no hay modo de encontrarlos nunca en su puesto. (A Nelly,

sobreexcitada por el ruido de la máquina de escribir.)
¡Por Dios, señorita Parker!... ¡Ese repiqueteo!... ¡Me pone los nervios de punta!... (Nelly se cruza de brazos resignadamente. A Jack.) Dígame usted al señor Wilson que he ido a la estación a esperar a la señorita Florencia.

Jack Así lo haré.

Adel. (Pasando por delante de Nelly sin saludar.) Que volveré en seguida... ¡Y que no deje de esperarme por atender al estúpido negocio.

Jack (En la puerta.) Sí, señora. Buenos días. (Cierra la mampara y vuelve hacia su mesa.)

Nelly ¿Usted ha visto, amigo Jack? ¿Y para esto se dejó quitar nuestro padre Adán una costilla?

Jack El no tuvo la culpa... ¡Se la quitaron cuando estaba durmiendo!

Nelly Y es lo que siguen ustedes haciendo desde entonces. ¡Dormir! (Remedando a Adelaida.) ¡Por Dios, señorita Parker!... ¡Ese repiqueteo... ese repiqueteo!... (Cambia el papel de la máquina.)

Jack ¿Quiere usted mal a la señora Wilson?

Nelly (Con una risita sarcástica.) En cambio, a usted le gusta. En viendo faldas lo disculpan ustedes todo... Pero, ¿no observó usted cómo me miraba? Todas las mujeres le parecen tigres dispuestos a echarle la zarpa al gordifluncete de su marido... (Escribe un poco. Se para.) Lo que es si esa señorita Florencia con quien piensa casarse el señor Michigan es como ésta... ¡yo me busco otra colocación!

Jack Pues a mí no me echarán las mujeres. ¡Me echarán ellos! Nunca están de acuerdo en nada... No me lo explico... Un negocio como este, cada vez más próspero y ellos ¡siempre a la greña!

Nelly (Puliéndose las uñas con el pañuelo.) ¿Sabe usted por qué? ¡Por vanidad! Inventó el señor Michigan un barniz azul para recubrir las píldoras... ¡y se figura que ha hecho el mundo! ¡Y lo mismo le pasa a Wilson con su fórmula!

Jack Tiene usted razón. Y bueno que la gente se pelee cuando fracasa. Pero ganar el dinero a espuestas y andar poco menos que a golpes ¡es para matarlos! ¡Buen par de animales, están los amos!

- (Entra JIMMY por el fondo derecha, dirigiéndose a Jack. Nelly se pone a atarse una cinta del zapato.)
- Jimmy** Señor Jack, dice el encargado de los envíos... (Calla de repente, mirándole la pantorrilla a Nelly con el rabillo del ojo.)
- Jack** (Volviéndose a su mesa.) ¿Qué?... ¿Qué dice?...
- Jimmy** Pues dice que... Bueno... ¿Querrá usted creer que se me ha olvidado?... ¿Dónde tengo yo la cabeza?
- Jack** (Severamente,) Búsquela usted. Ponga atención en su trabajo y... mire lo que hace...
- Nelly** (Bajándose la falda al darse cuenta de que los dos la están mirando.) ¡Y no miren ustedes lo que yo hago!
- Jimmy** ¡Chist! Uno de los años llega. (Vase.)
- (Nelly se pone rápidamente en su sitio. Escribe vertiginosamente. Jack se sienta en el escritorio con precipitación. Wilson entra por el fondo derecha y se dirige resueltamente a su despacho, derecha primer término.)
- Jack** Señor Wilson... su señora estuvo aquí hace dos minutos. (Wilson hace un movimiento; se le había olvidado.) Dijo que estaba citada con usted...
- Wils.** ¡Por vida del... ¡Es verdad! ¿No le dijo usted que abandoné el trabajo porque se trataba de una venta importante?
- Jack** No, señor. Ignoraba que existiese tal asunto.
- Wils.** Ni existe. Pero otra vez aguce usted el ingenio. (Va hacia el despacho, pero se detiene de nuevo.) Ah, diga usted, Jack, ¿acabó usted ya la confección del nuevo cartel anunciador?
- Jack** Sí, señor; en este mismo momento. (Coge un gran trozo de papel en el que hay pegadas varias tiras de distintos colores.) Verá usted lo que he pensado... (Enseñandosela en el centro de la escena)
- Wils.** (Que ha cogido el cartel, mira furiosamente a Jack, señalando con el dedo el centro del cartel.) ¿Qué significa esto? (Pausa. Jack se inmuta, balbucea. Wilson habla con imperio.) Creo haberle mandado a usted muy claramente, que el centro de la página se destine a la enumeración de las virtudes intrínsecas de mi fórmula... Mi fórmula. Y veo en su lugar una alusión al color azul de las cápsulas... ¡Qué estupidez! (Arroja la hoja de papel sobre la mesa.)

- Jack** Sí, señor, sí... Yo lo hice como usted lo mandó.. Pero el señor Michigan...
- Wils.** Ya estamos otra vez con el señor Michigan a vueltas... ¡Usted haga lo que yo le mando! ¿Me entiende usted?
- Jack** Sí, señor.
- Wils.** ¡Pues hágalo usted!
- Jack** Así lo haré, señor Wilson, naturalmente; pero .. (Cogiendo el papel de encima de la mesa.) pero antes de llevar esto a la imprenta he de someterlo a la aprobación del señor Michigan y...
- Wils.** ¡Y dale con el señor Michigan! Me tiene ya frito el señor Michigan. Yo soy el jefe de la casa, el Gerente. Usted límitese a obedecer mis órdenes... (Volviéndose rápidamente.) ¡Y usted lo mismo, señorita Parker!
- Nelly** (Poniéndose en pie.) Sí, señor.
- Wils.** (A Jack.) Yo dirijo el negocio. Yo asumo toda la responsabilidad .. ¿Quién le dió a usted el empleo que disfruta?
- Jack** ¡Toma! ¡Usted, señor Wilson!
- Wils.** Perfectamente. Entonces, obedézcame usted a mí o le planto en la vía pública. Eso es lo que falta en esta oficina. ¡Método! (Vase por la primera derecha. Jack suspira resignadamente va a la mesa, toma el tarro de la goma y unas tijeras.)
- Nelly** (Sonriendo.) ¿Qué va usted a hacer?
- Jack** Lo que me mandan. (Cogiendo una tira y disponiéndose a pegarla.) Pegar encima otra tira. Cada vez que sale o entra uno de los jefes, pego una sobre las otras.
- (Entra MICHIGAN por el foro derecha.)
- Nelly** ¡Bueno! ¡El otro!... (Escribe rápidamente.)
(Jack vuelve el cartel hacia abajo y lo golpea ligeramente para que se pegue.)
- Mich.** (Entra: se detiene ante el escritorio de Jack, saca la libreta del Banco y la deja sobre la mesa. Habla amablemente.) Tome usted, Jack, el libro de cheques... (Al ir a pasar a su despacho ve el cartel.) ¡Hola! Ya está el cartel terminado. ¡Muy bien! ¡Eh!... (Coge el cartel lo mira y exclama.) ¡Hombre, me gusta! ¡Jack!
- Jack** Señor...
- Mich.** (Desesperado.) Es la cuarta vez que le digo a usted que no quiero aquí en el centro esta monserga de las virtudes intrínsecas de las píldoras... Aquí me coloca usted a mí... ¡A

- mi! (Jack quiere hablar.) ¡Cápsulas ultra violeta! ¿Pero no alcanza usted a comprender una cosa tan sencilla?
- Jack** Sí, señor; pero es que el señor Wilson...
- Mich.** ¡Deje usted en paz al pobre señor Wilson! La mitad de las veces habla de lo que no sabe, y la otra mitad no sabe lo que dice. (Portazo a la derecha.) Haga usted lo que yo le he mandado.
- Jack** ¿Pero cómo es posible, si él se empeña?
- Mich.** ¿Quién es el jefe de la casa? ¿No lo sabe usted todavía?
- Jack** (Con los ojos bajos.) Usted perdone... ¡pero todavía no lo sé!
- Mich.** Pues va usted a saberlo. (Por Nelly.) ¡Van ustedes a saberlo!... ¡Yo! Guillermo J. Michigan, inventor. Si no fuera por mí, este negocio seguiría siendo lo que era cuando yo entre en él. Un pobrecito niño caquéxico y esmirriado. ¡Yo le puse en el estado próspero en que se halla!...
- Jack** Sí, señor, lo comprendo perfectamente; pero es que...
- Mich.** Si el señor Wilson quiere anular mis mandatos, me lo envía usted a mí... ¡A mí! Yo le enseñaré a él quién es el amo, ¡el jefe! (Golpeando el cartel.) Y ahora, arregle usted esto. No se ocupe usted en otra cosa. (Deja el cartel sobre la mesa y se dirige a su despacho.) ¡Y lo lleva usted a la imprenta hoy mismo!
- Jack** (Siguiéndole.) Pero, señor Michigan. Escúcheme usted... Yo soy un pobre padre de familia, que se desvive por cumplir con su obligación... (Señalando a la derecha.) Pero el señor Wilson dice que si no sigo sus instrucciones me planta en la vía pública.
- Mich.** ¡Ah! ¿Conque es usted un pobre padre de familia? Y usted quiere mucho a su familia, no es eso? Pues si no sigue usted mis instrucciones, ¡le planto a usted en la vía pública!
- (Jack se echa las manos a la cabeza con desesperación y va de una mampara a la otra. Nelly ríe.)
- Jack** (Sentándose abrumado en el escritorio.) Sí; encimárese usted.
- Nelly** (Riendo.) Usted dispense; no lo puedo remediar. (Ríe de nuevo, pero cortan su risa los dos timbres de los despachos empezando a sonar a la vez.)

¡Santo Dios! (Coge su cuadernillo de notas y mira alternativamente a una puerta y a otra vacilante.)
¿Cuál sonó primero?

Jack Ninguno. Los dos a la vez.

Nelly (Dirigiéndose a la derecha.) El caso es que se acudo antes a Wilson... (Timbre a la izquierda. Va hacia la izquierda.) Empezaré por Michigan... (Timbre a la derecha; los dos timbres.) ¡Jack, aconséjeme usted!... ¿A dónde voy primero?

Jack A donde le resulte a usted más divertido!... (Como Nelly sigue dudando, Jack le señala alternativamente una y otra puerta hasta que sale MICHIGAN por la izquierda.)

Mich. Señorita Parker, traiga usted el libro de notas para despachar el correo.

Nelly Sí, señor. (Se dispone a seguirle a su despacho cuando sale WILSON por la derecha.)

Wils. ¡Señorita Parker! Un momento. Creo sabe usted de sobra que cuando hago sonar el timbre es que necesito ordenar a usted algo.

Nelly Sí señor, lo sé de sobra; pero...

Wils. Entonces venga usted. (Hace que se va al despacho.)

Nelly Al momento. (Coge otro libro de notas y se dispone a seguirle.)

Mich. ¡Alto ahí!

Nelly (Vacilando entre los dos.) Es que... ya ve usted... el señor Wilson...

Mich. ¡No le haga usted caso! Yo llamé primero...

Wils. ¡No es verdad!

Mich. Sí lo es!

Wils. ¡No! Aunque lo fuera. ¡Soy el gerente! ¡El director de la Sociedad! ¡Y no renuncio a mis derechos! (Volviendo a su despacho.) Señorita Parker, necesito despachar mi correspondencia.

Mich. (Impidiéndola pasar.) ¡Se equivoca usted! ¡Nuestros derechos son iguales en esta casa! Ambos llevamos la firma. Nuestra participación en el negocio es al cincuenta por ciento. ¡Y mi correspondencia es tan importante como la de usted!

Wils. (Hablando a la vez que Michigan.) ¡Estoy harto de aguantarte impertinencias! ¡Tú no eres aquí más que un subordinado mío!

Mich. (Hablando a la vez que Wilson.) ¡No tolero más intromisiones! ¡He de despachar el correo, y

- necesito a la mecanógrafa!... ¡Señorita Parker, penetre usted en mi despacho!
- Wils.** (Cogiendo a Nelly por la muñeca) ¡No penetrará!
- Mich.** ¡Lo veremos! (Sujetando a Nelly por la otra muñeca. Michigan pretende arrastrar a Nelly. Wilson forcejea en sentido opuesto.)
- Nelly** ¡Señor Wilson!... ¡Señor Michigan!... ¡Que me hacen ustedes daño! ¡Ay!...
- Wils.** Dígame usted. ¿Quién tomó a su servicio a la señorita Parker, usted o yo?
- Mich.** Usted; pero la pagamos los dos. Y a los dos nos tiene que servir.
- Nelly** (Irritada.) A mí no se me dijo. Y en esta situación no puedo seguir indefinidamente... ¡Búsquense ustedes otra mecanógrafa!
- Mich.** ¡Admirable! ¡Queda usted despedida!
- Wils.** ¡No, señor! ¡Porque yo la conservo a usted en su puesto para que me sirva a mí solo! (Nelly se dirige al despacho de Wilson.) ¡Me congratula ver que al fin uno de mis empleados reconoce en mí al jefe de la casa. (A Michigan.) ¡Beso a usted la mano! (Sigue a Nelly con aire rápido, impertinente. Cierra tras sí la puerta. Michigan furioso se acerca a la mampara con los puños cerrados. Se contiene. Vuelve en redondo)
- Mich.** ¡Jack! Llame usted a la Agencia de Colocaciones y diga usted que me envíen una mecanógrafa para mí solo. (Jack va al teléfono.)
- Jack** Sí, señor. (Al teléfono.) Oiga. Cuarenta y ocho veintiocho.
- Jimmy** (Entrando por el foro derecha.) ¡La señora Wilson!
- Mich.** Bueno, que pase. ¿A mí qué me importa la señora Wilson? (Vase Jimmy.)
- Jack** (Al teléfono.) ¡Sí, con la Sociedad Eureka, píldoras estomacales!... ¡Necesitamos una mecanógrafa cuanto antes! (Entra Adelaida por el foro derecha. Michigan la vuelve la espalda fingiendo no haberla visto.)
- Adel.** Gracias, Jimmy. (Descendiendo y haciéndose visible.) Buenos días, Guillermo.
- Mich.** (Afectando sorpresa.) ¡Hola, Adelaida! ¡Pase usted! ¡Cuánto celebro verla! (Ofreciéndole una silla, mientras Jack sigue hablando por teléfono)
- Adel.** Eso digo yo... ¡Un mes sin venir a vernos!... (Dándole la mano mientras se sienta.) ¿Está Alfredo?

- Mich.** Sí; ahí dentro está con la señorita Parker. (Adelaida se vuelve rápidamente. Con retintín.) Despachando su correspondencia.
- Adel.** (Mirando recelosamente a la mampara cerrada.) ¡Cómo!... ¡Si me dijo que la correspondencia la despachaba usted!...
- (Entra Jimmy depositando un paquete sobre la mesa.)
- Mich.** ¡Jimmy! Pregunte usted al señor Wilson si le permiten sus ocupaciones recibir a su señora, que le aguarda. (Jimmy entra al despacho de Wilson.) Justamente voy a tomar una mecanógrafa para evitar la aglomeración de trabajo.
- Jack** Dicen que enviarán un lote, un surtido de seis mecanógrafas, para que escoja usted la que más le guste. Tres morenas, dos rubias y una peliroja. (Dejando el auricular. Vase.)
- Mich.** ¡Me gustará la peliroja!
(Adelaida escudriña. Sale Jimmy. Pasa sin decir nada. Al verlo, Adelaida le interroga.)
- Adel.** ¿Qué?...
- Jimmy** Dice que está ocupadísimo. Que tenga usted la bondad de esperar un momento. (Vase.)
- Adel.** (Cruzándose de brazos con forzada resignación.) ¡Dios me dé paciencia!
- Mich.** (Obsequioso.) ¿Puedo hacer algo para que la resulte menos larga la espera?
- Adel.** ¡No! No se preocupe usted. (Riendo nerviosamente.) No vale la pena. (Después de lanzar a la mampara otra mirada de inquietud.) ¿A que no sabe usted quién ha venido a pasar en casa unos días?
- Mich.** (Alegre.) ¿A que lo adivino? ¡Florencia! (Adelaida sonríe y asiente.) Me escribió que no vendría hasta el próximo domingo.
- Adel.** Pues ha llegado esta mañana. ¿No se lo dijo a usted mi marido?
- Mich.** ¡No, no me lo dijo! ¡Se le habrá olvidado!
- Adel.** Probablemente. Ya no tardará en llegar.
- Mich.** ¿Aquí? ¿Dónde está ahora?
- Adel.** Al venir nos encontramos casualmente con Tom Palmerston, el abogado a quien usted ya conoce... Maliciosamente,) Iba a su despacho... Y Florencia se quedó un momento charlando con él.
- Mich.** ¿Sí? ¡Ah! (Poco satisfecho.)
- Adel.** (Insidiosamente.) Andese usted con cuidado con

- el abogadillo. Es muy astuto, muy simpático y muy guapo.
- Mich.** No me preocupa. Florencia me quiere a mí. La reservo una sorpresa. (Yendo a su despacho.) Con su permiso.
- Adel.** ¿Una sorpresa? ¿Y no se puede saber?
- Mich.** (Alegremente.) Pregúnteselo usted a ella... ¡Mañana! (Vase.)
- Adel.** (Hablándole desde la puerta.) ¡No hace falta! ¿Es una sortija? La sortija de prometida. ¿A que sí? ¡Es una sortija! (Se vuelve y mira otra vez a la puerta de Wilson. Se sienta. Coge un periódico de encima de la mesa. Se oye a Nelly reír dentro. Adelaida arroja el periódico, se pone en pie y mira furiosa hacia la puerta. Sale Nelly riendo todavía; pero al ver a Adelaida se contiene súbitamente. Asomándose a la derecha.) ¿Qué risotadas son esas? Nunca pensé que fuera tan amena la correspondencia del señor Wilson (La mira impertinente con los impertinentes, la vuelve la espalda y entra en el despacho de Wilson. Entra TONY SIMPSON, comisionista, con aire decidido.)
- Tony** ¡Hola, señorita Parker! ¡Tan bonita y tan simpática como siempre! (Besándose los dedos.) ¡Tome usted, por telégrafo sin hilos!
- Nelly** ¿Cómo está usted, Tony?
- Jack** (Entrando por la derecha.) ¿Cuándo ha venido usted, Tony?
- Tony** En el rápido de las diez y quince, mala persona.
- Jack** ¿Y cómo sigue usted.
- Tony** Trabajando a lo bestia, como siempre; cubierto de polvo por fuera, como siempre, y borracho por fuera y por dentro, como siempre. (Señalando a los despachos.) ¿Están en sus trincheras los beligerantes? ¡Me alegro! Traigo prisa. (Dirigiéndose al despacho de Wilson.)
- Nelly** No entre usted, Tony; está con su señora.
- Tony** No la busco a ella. Le busco a él. (Gólpica violentamente en la puerta y pasa a la de Michigan.) De esta hecha nos ponemos las botas. ¡Vaya un negocio! (Da otro más fuerte en la mampara de Michigan y se coloca en el centro de la escena.) ¡Ahora se verá quién es Tony Simpson! (WILSON y MICHIGAN aparecen en sus puertas respectivas. Salen del centro. Gesto de contrariedad al ver a Tony. Tony les saluda sonriente. Buenos días, gentuza. Sí; soy yo. (Los dos quieren volverse a ir. Tony los coge

por las manos y los contiene.) ¡Desarrugad el entrecejo! Haced el favor... Tengo casi—he dicho casi—conquistada la Compañía General de específicos de California.

Wils.
Mich.

¡Cómo!
¡Muchacho!

(Se estrechan las manos efusivamente.)

Tony

(Dirigiéndose a uno y otro alternativamente.) Tengo en el bolsillo a su presidente, el honorable ex negrero señor Smith... ¡Un pez gordo... con la boquita abierta! Está hoy de paso en Nueva York. Si logro traerlo aquí, ¡pical!

Mich.

¡Pues tráelo!

Tony

Eso depende...

Wils.

¿De qué?

Tony

¡De vosotros! (Adelaida se asoma a la puerta de la derecha. Wilson le hace señas para que se vaya.) Me ofrecisteis que el día en que cazara a esa poderosa Compañía me daríais una participación en el negocio y el diez por ciento de comisión en mis ventas. (Contrariedad.) ¿Qué? ¿Voy a buscarle?

Wils.

(Cogiéndole por las solapas) Las circunstancias han cambiado. Nuestro negocio es ahora mucho mayor.

Tony

Más lo será si esa Compañía llega a ser cliente nuestra... Primer pedido: medio millón de cajas... Pregunto: ¿voy por él?

Mich.

(Viendo que Wilson vacila.) ¡Sí! Cuando yo me comprometo a una cosa, cumplo mi palabra.

Tony

Gracias. (Le estrecha la mano. Volviéndose a Wilson.) ¿Señor Wilson?...

Wils.

Conformes, (Separándose un poco) Traenos a Smit y firmaremos el contrato.

Tony

Gracias. Voy a buscarle. (Le estrecha la mano a Wilson.)

Mich.

¿Pero dónde le pudiste atrapar?

Tony

(Hablando a los dos alternativamente.) Se puso malo en el tren... La noche pasada... Yo, después de saludarle muy fino, le hice tragar, quieras que no, dos píldoras de las nuestras. Y esperé aterrado; porque como tengo tan poca fe en vuestras píldoras, pensaba: Si este hombre revienta, a mí me meten en presidio por envenenamiento. ¡Pero no! ¡Pasmaos! ¡Se puso bueno como por ensalmo!

Wils.

(Riendo.) ¡Vaya un triunfo!

Tony

Vaya una chiripa, digo yo. Conque... trato

hecho. ¡Dentro de un cuarto de hora le tenéis aquí! ¡Las cosas en caliente! No se le ocurra hacer otra prueba y lo echemos todo a perder. ¡Ya sabéis quién es Tony Simpson!...

(Poniéndose el sombrero ladeado y saludando con la mano a Jack, vase decidido y ufano. Jack le sigue.)

Mich. ¡Ahí tienes un buen chico! Inteligente. Será un consocio ideal.

Wils. (Hinchadamente.) Sí. Y no me negarás que fui yo quien lo trajo a la casa. A mí se me debe esa adquisición. (Dirigiéndose a su despacho.)

Mich. Sí. En cambio hace un año quisiste despedirle y yo no te dejé. Tampoco me negarás que eso se me debe a mí. (Encaminándose a su despacho.)

Wils. (En la puerta.) ¿Tú... que tú no me dejaste?

Mich. ¡Yo!

Wils. ¡Psch!

Mich. ¡Psch!

(Vanse ambos cerrando las mamparas con violencia. Nelly eleva las manos al cielo y sigue escribiendo. JIMMY entra por la derecha.)

Jimmy La señorita Florencia pregunta por el señor Michigan.

Nelly ¡La novia del señor Michigan! ¡Que espere ahí fuera!

Jimmy ¡Ah! ¿Es la novia del señor Michigan? ¡Qué rica! ¡Es mucho más guapa que usted!

(Florencia empuja la puerta y entra sin esperar a Jimmy. Jimmy trata de atajarla, pero Florencia le empuja y pasa. Jimmy la mira entre admirado y asustado y vase. Florencia se vuelve a Nelly y la interpela risueña y cortés.)

Flor. Perdone usted. ¿Está la señora Wilson?

Nelly Sí, señorita. Con su esposo. Pasaré recado.

Flor. ¡No, no, no! No quiero interrumpirles. Gracias. Tenga usted la bondad de anunciar al señor Michigan... que Florencia pregunta por él.

Nelly (Levantándose risueña.) Con mucho gusto, señorita. (Va a la izquierda radiante.) Esta parece más tratable que la otra.

(Golpea en la mampara y entra en el despacho de Michigan. ADELAIDA sale a escena por la puerta opuesta.)

Flor. ¡Oh, Adelaida!

Adel. ¿Acertaste el camino?

- Flor. Me ha acompañado Tom hasta la puerta.
Nelly. Dice que sale al momento.
Flor. (Mirando a su alrededor.) ¿Estas son las oficinas?
Adel. Sí. Aquí es donde ellos se afanan trabajando para nosotras.
Flor. Se respira prosperidad, bienestar...
Adel. ¿Verdad que sí? ¡Y sobre todo, si vieras qué bien se llevan los dos! Es una gloria. (Nelly en su puesto ahoga una carcajada y sigue trabajando.) En los negocios es raro que entre los socios reine la armonía. Pero Alfredo y Guillermo son como dos hermanos
(Nelly vuelve a reír. Adelaida la mira amoscada, Nelly se tapa la boca con el pañuelo y vase derecha.)
Flor. ¿De qué se ríe?
Adel. No sé.. ¡Está muy mal educada!
Flor. (Acercándose a Adelaida.) ¿Es la mecanógrafa de Guillermo?
Adel. (Secamente.) No, la de Alfredo. Guillermo acaba de encargarse un lote de mecanógrafas de todos los colores. Tres morenas, dos rubias y una peli-roja... para escoger la que más le guste.
Flor. Le gustará la peli-roja.
(Va hacia la derecha, golpea en la mampara y dice petulantemente.) ¡Alfredo. ¡Por Dios. Hace una hora que te espero.
Flor. (Señalando a la puerta de la izquierda.) ¿Le avisaste mi llegada a Guillermo? Porque esta compañía tiene dos gerentes.
Adel. Se lo dije hace poco. (Confidencialmente.) He de comunicarte un secreto. Guillermo te ha comprado una sortija. Sin decírmelo me lo dió a entender.
Mich. (Entrando alegremente.) ¡Florencia!
Flor. (Acercándosele. Apretón de manos.) Guillermo... ¿Cómo estás?
Mich. Estoy. . ¡mirándote! ¡Por consiguiente, en el quinto cielo!... ¿Qué buen viento te trae a Nueva York desde Boston?
(Adelaida forma grupo con los dos a la izquierda. WILSON sale de su despacho y se queda mirándoles.)
Flor. Vengo de compras. Por los aires, como un pajarito. Aterricé junto a Adelaida y Adelaida me trajo hasta aquí engañada.
Adel. Me encontré sin un céntimo en el portamonedas... Y antes que ir de tiendas tuve que venir a reponer fondos.

- Mich.** Bendigo esa... incportunidad tan oportuna que hace llamar a mi puerta a dos mujeres tan lindas.
- Wils.** ¡Ejem!... (Cesa la charla en el grupo: Se vuelven.)
¿Quién desea hablarme?
- Flor.** ¡Ah, es Alfredo!... ¿Qué tal?
(Se vuelve a Michigan sorprendiéndole haciendo gestos de desdén. Adelaida va hacia Wilson.)
- Adel.** Yo quería hablarte. Se me olvidó decirte que necesito dinero para hacer algunas compras.
- Wils.** No tengo suelto.
- Adel.** Pues firmame un cheque.
- Mich.** (Mirando el reloj.) Adelaida, si usted y Florencia pueden aguardarme un cuarto de hora, nos iremos a almorzar los tres juntos. (Wilson se separa un poco desdeñosamente.)
- Adel.** Gracias, Guillermo, no tenemos tiempo. Además, yo no debo ir a almorzar con usted.
- Mich.** ¿No?
- Flor.** ¿Por qué no? (Mirádoles sorprendida.)
- Adel.** Porque hace más de un mes que no ha venido usted a comer con nosotros. ¿Verdad, Alfredo? (Respingo de Wilson: les vuela la espalda.)
Y antes venía tres veces por semana.
- Flor.** ¿Cómo es eso, Guillermo?
- Mich.** Estoy terriblemente atareado hace unos días... Como Alfredo se limita a los asuntos de poca importancia, la mayor parte del trabajo pesa sobre mí.
- Adel.** ¿Cómo?
- Wils.** ¿Qué dice ese hombre?
- Mich.** (A Adelaida.) Es injusto... pero entre dos que bien se quieren con uno que trabaje basta. (Mira a Wilson con superioridad. Se vuelve hacia Florencia. Wilson quiere acercársele, descompuesto, pero Adelaida le contiene.)
- Adel.** Por Dios, Alfredo. ¿Qué vas a hacer?
- Wils.** (Dominándose a duras penas.) Nada, acompáñame al despacho y te firmaré el cheque. (Va al despacho mirando a Michigan. Con sarcasmo dice.) No quiero robarle el tiempo. . ¡Sería un cargo de conciencia! (Entran los dos en el despacho.)
- Flor.** ¿Qué le pasa?
- Mich.** ¡El hígado! ¡Sufre del hígado! Con dos píldoras Eureka se pondría como nuevo... Ahora que, es claro, no tiene confianza en su propia fórmula. (Cambiando de tono.) Supongo que no volverás a Boston hoy mismo.

- Flor.** No tengo más remedio. Mi padre está de viaje y mi madre completamente sola... Aunque a ti, ¿qué más te da? Noto que me quieres menos.
- Mich.** ¿Que te quiero... menos?
- Flor.** Sí. Te avisaron mi llegada y tardaste un rato en salir.
- Mich.** No es amor muy firme, amor que no sabe esperar... Mi tardanza obedecía a una causa importantísima... Buscar en la caja de caudales... y encontrar una cosa... (Sacando del bolsillo el estuche y enseñándole el contenido.)
- Flor.** A ver, a ver... Si es bonita te perdono. (Sentándose en el lado de la mesa junto a él.) ¿Qué es? ¡Una sortija! ¡Dos brillantes y un rubí! ¡Es preciosísima!... ¿Para quién es? (Empezando a quitarse el guante de la mano izquierda.)
- Mich.** Para la muchacha más linda, más bonita, más deliciosa, que pisa el continente americano.
- Flor.** (Riendo.) No digas más... De esas señas sólo conozco una. (Tendiéndole la mano.) ¡Pónmela!
- Mich.** Sí, pero, ¿quién te la regala?
- Flor.** ¿Quién? Me la regala mi novio... mi novio... ¡mi único novio! (Tendiéndole la mano.) ¡El único hombre a quien he querido y querré! ¿Estás contento?
- Mich.** (Poniéndole la sortija y cogiéndole las manos.) ¡Perfectamente! Y este regalo, ¿no merece en pago lo que yo pida?
- Flor.** Según lo que pidas. (Michigan cogiéndola por los brazos quiere darla un beso.) ¡Muy caro! ¡No! ¡No quiero que me beses... aquí! (Michigan insiste. Florencia baja de la mesa.) ¡Nos van a ver!
- Mich.** (Expeditivo.) Entonces... en mi despacho.
- Flor.** (Retrocediendo.) No, no... Eso ya no tiene gracia... A sangre fría
- Mich.** Se entra en seguida en calor.
- Flor.** ¡No quiero! ¡No quiero! (Mirando a su alrededor.) Si no nos vieran... (Mirando otra vez.) ¡Pronto! (Michigan la aprisiona y la da un beso JIMMY por la derecha los ve y se retira rápida y discretamente. Se separan volviendo la cara y no ven a nadie.) ¿Era alguien?
- Mich.** No. Acaso mi corazón... ¡que ha dado un salto mortal! (Acercándosele.) ¿Quieres convencerte? ¡Repitámos!
- Flor.** (Esquivándose alrededor de la mesa,) Gracias. Pre-

fiero quedarme en la duda. (Cogiendo las cajitas de muestra que habrá sobre la mesa.) ¡Qué monada de cajitas!

Mich. ¿Te gusta el color? ¡Cosa mía! ¡El secreto de nuestro enorme éxito! La presentación. Cosa mía. Alfredo es el iniciador del negocio... pero lo presentaba tan mal que al principio el público no quería ni ver el específico. Mientras que ahora...

Flor. Esta diciendo: ¡Tomadme!

Mich. Yo me dije: ¡Al enfermo hay que dorarle la píldora! Y las doré. Mejor, las azucaré, las recubrí de una capa color violeta muy sugestivo. (Abriendo la caja y echándose algunas píldoras en la mano.) ¡Mira, parecen confites!

Flor. ¡Los niños las pedirán a gritos!

Mich. ¡Lo saben las madres! Son milagrosas, son dulces... ¿Quieres tomarte una?

Flor. ¡No! Tengo que vivir para ti... (Señalando al despacho de Michigan.) ¿Y es aquí donde tu genio da su fruto?

(Entra WILSON trayendo en la mano un cheque. Le sigue ADELAIDA. Florencia está de espaldas a ellos.)

Mich. (A Florencia.) ¡La incubadora de ideas geniales! ¡Pasa!... Esta parte de las oficinas representa la sangre y los nervios del negocio... ¡La materia gris! (Señalando con el pulgar por encima del hombro.) La otra parte, los huesos, la piel... (Vase con Florencia al despacho.)

Wils. (Queriendo detenerle, furioso.) ¿Tú oyes esto, Adelaida? ¡Yo la piel y los huesos! ¡El la materia gris! ¡Es para matarlo!

Adel. ¡Si habla en broma!

Wils. ¿En broma? ¡Todo el santo día así! Continuamente despreciando mi fructífero trabajo y alabando sus estupideces. ¿Qué ha venido a hacer él a fin de cuentas? ¡Nada!

Adel. ¡Claro que sí! Aunque tienes que reconocer que ha sido una buena idea lo del color violeta. ¡Resulta bonito!

Wils. ¡Resulta horroroso!

Adel. (Picada.) Si te pones así... Dame el cheque, no lo vayamos a perder todo.

(Se lo quita rápidamente de la mano y lo mete en un bolso o portamonedas. MICHIGAN y FLORENCIA salen en el preciso momento.)

Flor. Cuando gustes, Adelaida.

- Adel.** Vámonos... (Mirada hostil a Wilson. Sonrisa amable a Michigan.) Hasta la vista, Guillermo.
- Flor.** (Dándole la mano a Wilson.) Adiós, Alfredo. Que sigan ustedes trabajando con tanta fortuna... ¡y tanta cordialidad!
- Wils.** ¡Abur!
- Mich.** (Acompañándolas hasta la puerta.) Adiós, Florencia. Iré a Boston a verte dentro de unos días. Cuando ponga al corriente de sus obligaciones a Wilson.
- Flor.** (Mostrandole la sortija.) ¡Y acuérdate de lo que significa la sortija! ¡Adiós!
- (MICHIGAN la envía un beso con la mano. Se vuelve con las manos en los bolsillos, rígido, haciendo que no ve a Wilson y se encamina a su despacho. Entra NELLY.)
- Wils.** (Agresivo.) Oiga usted; señor mío. Si usted espera que yo le invite a comer en mi casa... ¡Está usted fresco!
- Mich.** Y si usted cree que en su casa se podría comer si no fuera por mí... ¡está usted aviado!
- Wils.** Eso se prueba en seguida... Disolviendo nuestra sociedad. ¡Hoy mismo!
- Mich.** ¡Acepto! ¡Qué felicidad!
- Wils.** ¡Jack! Llame usted por teléfono a mi abogado. ¡Que venga inmediatamente!
- Jack** Sí, señor.
- Nich.** ¡Jack! Hágame también saber a mi abogado que yo anhelo verle con el mismo empeño que el señor Wilson.
- Jack** Sí, señor. Se lo haré saber. (Va al teléfono. Wilson y Michigan dan un paso cada uno hacia el otro. Se paran, se miran, y, volviéndose las espaldas, se dirigen a sus respectivos despachos. En la puerta se vuelven y se miran otra vez. Muecas remedándose mutuamente.)
- Wils.** ¡Psché!
- Jack** ¡Psché! (Vanse. Portazo. Nelly se deja caer sobre la máquina. Al teléfono.) Oiga... cincuenta sesenta. Sí, señorita.
- Nelly** Amigo Jack, morir tenemos.
- Jack** Lo que es esta vez, parece que va de veras. (Al teléfono.) ¡Diga!... ¿Es el señor Palmerston? Con Jack, el contable de la Compañía Eureka. Sí, señor. Los señores Wilson y Michigan desean verle a usted cuanto antes... (Pausa.) ¿Que viene usted en seguida? Per-

fectamente. Gracias. Buenos días. (Cuelga el auricular.) ¡Nos limpian el comedero!

(Entra por la derecha TONY SIMPSON seguido por el respetable señor SAMUEL SMITH, muy gordo y con voz de bajo profundo. Jack mira a uno y otro despacho desconcertado.)

Tony

Adelante, señor Smith. (Presentando.) Nuestro tenedor de libros. Señorita Parker, tenga usted la bondad de avisar al señor Wilson. (Ofreciéndole una silla a Smith.) Tome usted asiento... (Frotándose las manos y mirando gozoso a Jack y Nelly, que ponen cara de visita de pésame.) Somos tres los Gerentes. Va usted a conocer a mis dos compañeros de gerencia... ¡Verá usted qué par! Dos tipos famosísimos, tan famosos como nuestras píldoras... ¡Siempre identificados!

Smith

Tendré suma complacencia...

Tony

¡Siempre alegres! En esta casa se trabaja a gusto... Mire usted si no las caras de satisfacción de nuestros empleados. ¡Naturalmente! Prosperidad, madre de la alegría, alegría madre del trabajo; trabajo, madre, digo padre, de la prosperidad.

Smith

En efecto. La mitad del éxito en los negocios depende de una perfecta compenetración de sus copartícipes... Dos consocios deben ser algo así como dos recién casados.

Tony

¡Ese es nuestro caso! Aquí se está en una eterna luna de miel de carácter comercial. (Nelly sale del despacho de Wilson y se sienta ante la máquina. Michigan sale del despacho.) Señor Michigan, tengo el honor de presentar a usted...

Mich.

(Apartando desconsideradamente a Tony y abalanzándose a Smith.) ¡Ah, señor Smith! (Tony se queda atrás algo desconcertado.) ¡Tengo una inmensa satisfacción!... Guillermo J. Michigan, servidor de usted. (Al ver a Wilson que entra por la derecha.) Alfredo, aproxímate... Señor Smith, permítame usted que le presente a mi estimado consocio... ¡El señor Wilson! (Le pone la mano sobre el hombro cordialmente y le da palmaditas ante la estupefacción de Tony, que se alegra otra vez. Tony, Jack y Nelly se miran asombrados.)

Smith

(Estrechándole la mano a Wilson.) Muy señor mío... Mucho gusto... Verdaderamente...

Wils.

Dígnese usted sentarse, caballero...

- Mich.** Sí, sí. Ya se lo dije yo antes... (Los dos le ofrecen la misma silla.)
- Smith** (A los dos.) Gracias... muchas gracias. (Se sienta a la izquierda de la mesa.) Pues estaba yo diciendo...
- Wils.** Perdone usted que le interrumpa... (Volviéndose.) ¡Jimmy! ¡Mis cigarros! ¡Listo!
- Jimmy** Voy, señor. (Va al despacho de la derecha.)
- Mich.** (Volviéndose.) ¡Jack! Mis tabacos. Mi caja especial. No te molestes. Los míos están más cerca. (Vase al despacho de la izquierda.)
- Wils.** Si no es molestia, querido Guillermo. (Dándole golpecitos en la espalda.) Tengo muchísimo gusto... (Jimmy entra trayendo los cigarros.) Aquí están ya. (Abriendo la caja y presentándosela a Smith.) ¿Un cigarrito, señor Smith?
- Smith** (Mientras Jack entra por la derecha.) Gracias... Pues como iba diciendo ..
- Mich.** Usted dispense... (Cogiendo la caja de manos de Jack.) Permita usted que le recomiende estas águilas imperiales... Presumo de fumar muy buen tabaco... Es en lo único en que disenti- mos Wilson y yo...
(Nelly suelta el trapo, saca el pañuelo y se tapa con él la boca. Jack y Tony le hacen gestos desesperados para que se contenga. Jimmy vuelve al despacho de Wilson escamoteando algunos puros, que se guarda en el bolsillo.)
- Smith** (Guardándose los puros que ha cogido.) Gracias, señores. Pues yo iba a decirles a ustedes que tengo mucha prisa... Ultimemos el negocio.
- Wils.** (Sentándose.) Encantado, señor Smith. Servir- le a usted es mi deseo...
- Mich.** ¡Mi deseo más ardiente!...
- Smith** Muy bien. Es para mí una gran satisfacción tratar con dos personas tan obsequiosas y amables. (Wilson sonríe y señala a Michigan; Michi- gan sonríe y señala a Wilson. Nelly y Jack gestos de sorpresa. Tony se baña en agua de rosas.) Deseo propagar las maravillosas pildoras... cuyas excelencias conozco felizmente gracias a su activo compañero y comisionista, señor Simpson. Mi compañía desea hacerles un pedido importante.. Inundaremos Califor- nia de pildoras Eureka... ¿Tienen ustedes una orden en blanco y la firmaré? Para em- pezar... ¡Cien mil gruesas de cajas!

- Wils** (Abrumado de satisfacción.) Muchísimas gruesas... Digo muchísimas gracias, señor Smith.
- Smith** No hay de qué dármelas... En California hace estragos la dispepsia... ¡Acabaremos con ella!
- Mich.** (Aparte.) Con California, claro.
- Wils.** ¡Jack!
- Mich.** ¡Un impreso! (Jack trae un impreso; los dos quieren cogerlo. Lo coge Michigan.)
- Wils.** No... Guillermo; trae acá.
- Mich.** No te molestes... Yo también tengo mucho gusto ..
- Wils.** Es lo mismo... ¡Como quieras!... (se vuelve hacia Smith. Michigan se dispone a llenar el impreso sobre la mesa.)
- Smith** (A Wilson.) Indudablemente han tenido ustedes un acierto enorme.
- Wils.** Gracias. Forzoso es reconocerlo. Son unas píldoras inmejorables, definitivas, redondas. Lo que constituye su eficacia es su fórmula. La fórmula es mía. (Dirigiéndose a la izquierda.)
- Mich.** (Poniendo la orden de pedido y la estilográfica ante Smith.) Me permito llamar su atención sobre el color de las píldoras. Cosa mía. Invención mía. (Wilson quiere interrumpirle. Michigan lo deja en segundo término. Smith asiente complacido, toma la estilográfica y firma.) La enorme venta de nuestras píldoras se debe casi exclusivamente a su acertada presentación.
- Wils.** (Interrumpiéndole.) Casi exclusivamente no, querido amigo... Porque las virtudes intrínsecas de las píldoras residen, naturalmente, en su fórmula, que me atrevo a calificar de ideal. Mi fórmula es lo que compra el señor Smith ..
- Mich.** Pero el señor Smith, como experimentado hombre de negocios, te dirá si quiere, que la presentación, color y sabor del específico, son decisivos en el éxito que pueda tener. (Smith empieza a sentirse molesto y cargado; los demás lo notan.)
- Wils.** Todo eso son pamplinas. . Y tú lo sabes demasiado.
- Tony** (Conteniéndolos.) Pero... ¡señor Wilson!... ¡Señor Michigan!...
- Wils.** ¡Tú te metes en lo que te importel... (A Tony.)
- Smith** Señores: yo aquí no he venido a...
- Mich.** (A Smith.) ¡Y usted se calla también! (A Wil-

son.) Al público se le da una higa de tu fórmula. ¡No se entera! Afortunadamente.

(Smith se levanta y se retira un poco, mudo de asombro.)

Wils. ¡Sí se entera! ¡Por los certificados de varios médicos eminentes!

Mich. ¡Bah! (Despectivamente.) ¿Y esos médicos eminentes a quinientos dollars por artículo prescriben tu fórmula nada más?

Wils. ¡No, que iban a prescribir tu famosa materia colorante morada!

Mich. ¡Claro que sí! Como desinfectante. ¡Porque emana rayos ultra-violeta!

(Wilson le vuelve la espalda con un gesto profundamente despreciativo. Smith, dirigiéndose a Tony, dice;)

Smith ¿Son dos locos... o dos bromistas?

Wils. (Volviéndose.) Guillermo: hablas como un perfecto majadero. (A los otros.) Y si el señor Smith quiere acompañarme a mi despacho... No, señor Wilson, no hace falta.

Smith

Mich.

(Cogiendo con ambas manos paquetes de cajas de encima de la mesa.) Pero, señor Smith...

Smith

(Conteniéndole con un gesto.) Señor Michigan: su invento de la cubierta azucarada me tiene muy sin cuidado... (Mirando al uno y al otro.) Lo que mi compañía desea es un específico eficaz que ayude a los estómagos enfermos a funcionar regularmente. (Cogiendo sombrero y guantes.) Y en esta casa he encontrado más motivos para enfermar de indigestión que para curarse de ella. ¡Renuncio al pedido!... (Rasgando la orden de pedido.) ¡Señores, muy buenos días! (Volviéndose muy decidido y dirigiéndose a la puerta.)

Tony

Smith

(En última apelación.) Pero señor Smith...

(Devolviéndole el pedido hecho pedazos.) ¡Guárdeselo usted como recuerdo! (Sale por la derecha.

Pausa. Wilson y Michigan permanecen quietos en el centro. Tony junto a la puerta de la derecha. Jack y Nelly al otro lado de la escena)

Tony

¡Ya lo estáis viendo, pareja de cernícalos! ¿Qué falta os hace un agente a vosotros? ¡Lo que vosotros necesitáis es que os pongan niñera! (Les arroja a la cara el contrato y vase hacia la derecha.)

Wils.

(Deteniéndole.) ¡Aguarde usted! ¡Queda usted despedido!

Tony

Me alegro, ¡brutos! (Vase.)

- Mich.** Tiene razón. Despides al mejor viajante de América después de haber echado a perder un pedido fantástico. ¡Eres un miserable! ¡Me has perjudicado en la mitad de los beneficios! ¡Una fortuna! ¡El pan de mis hijos!
- Wils.** ¡Tus hijos! ¡Si no los tienes! ¡Si eres soltero!
- Mich.** ¡Pero pronto seré casado! ¡Espero tenerlos! ¿O me vas a negar también capacidad para tener hijos? ¡Soy previsor del porvenir! (En tono patético.) Cuando pienso que mis hijos... cuando imagino a esas infelices criaturas muriéndose de hambre, por culpa tuya, me siento salvaje... ¡Herodes! (Le vuelve la espalda.)
- Wils.** (Sujetándole.) ¡Un insulto o dos más como este y tenemos una cuestión personal!
- Mich.** Estoy a su disposición de usted.
- Wils.** En cuanto el abogado disuelva nuestra Sociedad, ¡le obsequiaré a usted con cuatro patadas!
- Mich.** Muy bien. ¡Prefiero tus patadas a tus píldoras! (Desde la puerta de los respectivos despachos.)
- Wils.** ¡Tintorero!
- Mich.** ¡Envenenador!
- (Entra por el fondo derecha TOMAS PALMERSTON.)
- Tomás** Buenos días, muchachos.
- Jack** ¡Ah, el abogado! Llega usted a tiempo.
- Tomás** (Pasando decididamente) Señorita Parker, buenos días... (A Jack.) ¿Qué sucede? ¿Alguna nueva escaramuza?
- Wils.** ¡Hola, Tom!
- Mich.** (Por la izquierda.) ¡Hola, Tom!
- Wils.** (Adelantándose) Te envié a llamar...
- Mich.** (Avanzando.) Yo también.
- Wils.** } (A la vez, cogiéndole cada uno de un brazo.) ¿Quieres pasar a mi despacho?
- Mich.** }
- Tomás** Esperad. Jack me lo ha explicado todo por teléfono. Esta vez tengo que hablaros a los dos juntos. (Ellos le tienen asido. Les acerca a la mesa y les hace sentar uno a cada extremo de ésta, quedándose en el centro frente al público.) Sentaos. (Nelly se adelanta.) ¿Qué desea usted, señorita Parker?
- Nelly** Perdón... Con su permiso, ¿puedo retirarme?
- Mich.** Sí.
- Wils.** No, quédese usted en su puesto. (A Tomás.) Necesito un testigo.
- Tomás** (Al ver que Michigan intenta protestar.) No es mala

- idea, Guillermo. Puede sernos útil. Tome usted asiento, señorita Parker.
- Mich.** Perfectamente. Si él necesita un testigo, yo tengo derecho a otro. ¡Jack!... Quédense usted donde está y sírvame usted de testigo.
- Jack** Sí, señor.
- Tomás** Vámonos a ver. ¿Qué es lo que motiva el presente zipizape?
- Wils.** Mi deseo de que disuelvas nuestra Sociedad ¡ahora mismo!
- Mich.** De una vez y para siempre.
- Tomás** (Mirando al uno y al otro con expresión de lástima.) ¡No! Durante años os he aguantado vuestras impertinencias. En vuestra casa, en la mía, en la calle, en el paseo, en el teatro... Mil veces zanjé vuestras diferencias... Una hora después volvíais a empezar. Estoy de vosotros hasta la coronilla... (Poniéndole la mano en el hombro a Wilson.) Alfredo ha sido para mí como un hermano. (Volviéndose con una sonrisa.) Guillermo y yo hemos estado siempre de acuerdo en todo... hasta enamorándonos de la misma deliciosa chiquilla. (Michigan le mira, se ponen serios.) Pero el negocio es el negocio. Demos ahora de lado a la amistad. Y si os queda todavía un poco de sentido común, vais ahora mismo a terminar vuestras querrelas definitivamente con un apretón de manos (Wilson y Michigan se meten agresivamente las manos en los bolsillos. Tomás se levanta y mira debajo de la mesa.) Supongo que no os pondréis a jugar al «Foot-ball» como la semana pasada... (Ellos se miran y callan.) ¿No queréis llegar a un acuerdo?
- Los dos** ¡No!
- Tomás** Entonces, guerread. ¡Duelo a muerte! Procedamos a disolver la Sociedad. (se sienta.) Se divide el negocio. Partes iguales. A cada uno se le adjudica la mitad de las existencias, clientela y enseres. (Wilson y Michigan asienten.) ¡Y os dedicáis a haceros la competencia hasta que no queden de vosotros ni los rabos!
- Wils.** ¡Admirable!
- Mich.** ¡Me gusta el programa!
- Tomás** A otra cosa. ¿Quién conserva la dominación del específico?
- Wils.** Yo, naturalmente.

- Mich.** (Dando un salto y encarándose con Wilson.) ¡Eso! Y para ti las ventajas del prestigio ya logrado y la propaganda hecha hasta ahora. ¡De ningún modo!
- Wils.** ¿Por qué no? ¿Quién inició el negocio? ¡Yo! ¡Soy yo quien hace las píldoras!
- Mich.** ¡Y yo quien se las hace tragar al público! (Nelly se echa de nuevo a reír. Quiere disimularlo llevándose el pañuelo a la boca. Todos la miran. Wilson con mucha severidad.)
- Wils.** Señorita Parker, salga usted.
- Mich.** ¡Señorita Parker, quédese!
- Tomás** Es verdad... Tenéis razón... Es preciso disolver vuestra Sociedad. Presentaremos la demanda en los Tribunales...
- Wils.** ¡Eso es muy largo!
- Mich.** Es menester que nos disolvamos hoy mismo...
- Wils.** La cosa es fácil... Estamos los dos de acuerdo.
- Mich.** Es en lo único que estamos de acuerdo... En separarnos.
- Tomás** No obstante, hay formalidades que cumplir..
- Wils.** Sin formalidades... ¡La separación!
- Mich.** Eso es: la separación...
- Tomás** Pero venid acá... Necesitamos encontrar una fórmula... La casa no puede partirse en dos pedazos... Se hundiría... El ideal sería que cada uno de vosotros se encargase de la dirección del negocio por temporadas, turnando...
- Mich.** Echaría a perder el fruto de mi trabajo.
- Wils.** Lo que yo hiciera a fuerza de inteligencia lo destruiría él con su torpeza.. No sirve para nada... Es un ser inútil...
- Mich.** Inútil, ¿eh? Ya lo veremos cuando se arruine usted y venga a mi casa a solicitar una plaza de ayuda de cámara...
- Wils.** Usted me ahorrará ese trabajo, porque ni para limpiarme las botas sirve...
- Tomás** ¡Eh! ¡Alto ahí!... Acabáis de sugerirme una idea luminosa.
- Wils.** Explánala.
- Tomás** No tengo inconveniente; pero os tenéis que comprometer a aceptarla de antemano...
- Mich.** Yo la acepto desde luego.
- Wils.** Y yo.

- Tomás** Queréis un procedimiento rápido, ¿no es eso?
- Wils.** }
Mich. } Sí.
Tomás } Pues bien. Jugaréis una sola partida de poker. El que gane dirigirá a su antojo la Sociedad por espacio de un año. El que pierda se compromete a servir de criado al otro durante ese mismo año. ¿Hace?
- Wils.** Tú quieres burlarte de nosotros...
Mich. Puede que creas que estamos para bromas...
- Tomás** No me negaréis que es un contrato muy americano. ¿Lo véis? Lo que os pasa es que los dos tenéis miedo a perder.
- Wils.** Yo tengo para todo tanto valor como tú.
Mich. Y yo más que vosotros dos juntos.
Tomás No se conoce.
- Wils.** La prueba está en que... acepto.. Ya lo ves.
¡Acepto!
- Mich.** ¡Fanfarrón!
Wils. Fanfarrón, ¿eh? ¿A que no aceptas tú? ¿A que no?
- Mich.** ¿Que no? ¡A quesí!
Tomás ¿Aceptáis?
Mich. }
Wils. } ¡Aceptamos!
- Tomás** Muy bien. (Presuroso.) ¡Habéis aceptado los dos! ¡Señorita Parker, tome usted nota!
(Michigan y Wilson se miran sorprendidos.)
- Nelly** Sí, señor. (Tomando el cuadernillo de notas.)
Tomás Y no me interrumpáis. (Dictando.) «En Nueva York, etc., etc., etc. Entre los abajo firmantes se ha convenido lo siguiente: Jugar una partida, mano a mano, al pocker... (Pasando mientras dicta.) obligándose el que pierda a servirle durante un año de criado al que resultare ganancioso.» (Hablado.) ¿Vamos bien?
- Mich.** ¡En coche! (Gozoso.)
Wils. (Sin convicción.) ¡Espéendidamente!
Tomás Prosigo. (A Nelly, dictando.) «Primero: El ganancioso dirigirá, durante un año, la explotación de las píldoras estomacales Eureka, a su antojo y sin limitación de ninguna clase.» (Michigan ríe.) ¿Qué pasa?
- Mich.** Nada. Perdóname... No puedo evitarlo... Me caso en febrero, y me da risa pensar que

voy a permitirme el lujo de tener en mi domicilio matrimonial un mayordomo como Wilson... (Ríe a carcajadas.) Verás, verás qué librea te compro.

(Wilson quiere darle un puntapié por debajo de la mesa. Michigan se esquiva.)

Tomás

¡Quietos!... ¡No le hagas caso, Aleck! (A Nelly.) «Segundo: ¡Cada acto de desobediencia del criado podrá ser castigado con una multa... (Michigan agita las manos y hace cloquear los dedos. Wilson se pasa nerviosamente el pañuelo por la cara.) conviniéndose asimismo que el amo abonará al criado, como gajes la suma de veinte dollars mensuales.»

Wils.

¡Veinte dollars! ¡Me parece poco!

Mich.

(Magnánimo.) Bueno. Te daré treinta.

Tomás

(A Nelly.) Ponga usted treinta. «Tercero: La única persona a quien podrán y deberán comunicarse los términos de este contrato será a la señora Wilson. El que faltare a esta condición pagará una multa de veinticinco mil dollars.» «Cuarto y último: Se nombra árbitro al abogado Tomás Palmerston, con poder absoluto, para resolver de plano cualquier desavenencia o disputa que pudiera surgir, sin apelación de ningún género.» (Volviéndose a Nelly.) Y nada más. Haga usted tres copias. Y si usted o Jack dicen a alguien una palabra referente a este contrato, se les despedirá en el acto. (Nelly vuelve a la mesa y se dispone a copiar el contrato a máquina. A Michigan y a Wilson.) ¿Estáis conformes?

Mich.

Yo, sí lo estoy.

Tomás

¿Y dispuestos a estampar vuestra firma al pie, ante testigos y bajo juramento?

Mich.

¡Claro que sí! (Señalando a Wilson, que permanece sentado y taciturno.) ¡Mírale!

Tomás

(Volviéndose.) No dices nada... ¡Habla!

Wils.

Digo... (Levantándose.) que no puedo comprometerme... ¡porque soy casado!

Tomás

(Echándose a reír.) ¡Definitivo! ¿No te decía yo?... (Ríe.) ¡Porque es casado!... ¿Quién ha de jugar esa partida, tu mujer o tú?

Wils.

Considera que puedo perder y convertirme en criado durante un año. ¿En qué situación queda ella?

Mich.

(Amablemente.) Eso no es inconveniente, amigo mío. Desde luego me ofrezco a tomar

también a Adelaida como doncella o ama de llaves. Yo soy conciliador.

Wils.

(Intentando agredirle.) Tú eres...

(Jack sujeta a Michigan por un brazo. Tomás a Wilson por otro.)

Nelly

¡Oh, oh!...

Tomás

¿Qué es eso? ¿Os vais a agarrar como dos granujillas de la calle? (Empuja a Wilson, empuja a Michigan.) Ya habéis oído mi proposición. Ahora, tomadla o dejadla...

Mich.

La dejará. Aceptó antes por compromiso... Pero al ver que va de veras, se retira... ¡estratégicamente!

Wils.

¡Mentira! ¡Y te lo voy a demostrar! (Volviéndose.) ¡A ver, Jack, traiga usted una baraja!

Jack

Aquí tengo una... (Sacándola del bolsillo.) Todos los días, al ir y venir a mi casa, me entretengo en el metropolitano haciendo solitarios.

Tomás

(Cogiéndola y barajando.) Gracias. Acabemos pronto. (Sonriendo a Michigan y Wilson.) Sentaos. (Michigan y Wilson se miran con odio mortal. Se sientan cada uno a un extremo de la mesa. Nelly se acerca curiosa.) ¡Jack! ¡Una mano inocente! ¡Corte usted!

Jack

Sí, señor. (Corta con solemnidad.)

Wils.

(Nervioso.) ¡Cuánta ceremonia!

Mich.

¡Está nerviosillo!... En cambio, tómame el pulso.

Tomás

Ahora, muchachos, ¡buena suerte! (Da cinco cartas a cada uno alternativamente, empezando por Wilson. Comienzan a jugar. Michigan, sonriente al principio, tuerce el gesto. A Wilson, por el contrario, se le alegra paulatinamente la cara, mientras va cayendo el telón.)

ACTO SEGUNDO

En el domicilio particular de Alfredo Wilson, dos semanas después Gabinete de confianza estilo norteamericano. Al foro izquierda arranque de la escalera que da la vuelta y conduce a las habitaciones superiores. Al foro derecha ventana achatada con vidrieras de cuadritos. Derecha segundo término, puerta que conduce al recibimiento. Primer término paso al despacho biblioteca. Izquierda primer término, paso a las habitaciones de la servidumbre. Segundo término, chimenea. Velador con sillas hacia la derecha. Sillón de cuero, o «chaise-longue», frente a la chimenea. Anochecido; las luces apagadas.

(Entra MICHIGAN. Indumentaria de ayuda de cámara. Trae sobre una bandeja una botella de whisky, vasos y un sifón que coloca sobre el veladorcito con señales inequívocas de desaliento. Entra en el despacho y vuelve a salir trayendo un batín y unas zapatillas. Deja el batín sobre una silla y va a la chimenea. Arroja las zapatillas con rabia al suelo. Luego las recoge y las pone cuidadosamente junto al fuego. Se lleva la mano a la frente con desesperación, se mira con lástima y se deja caer en la «chaise-longue», abrumado. Entra por la izquierda EUFEMIA, criada para todo, viejecita, arrugadita y muy vivaracha. Trae en la mano la escoba.)

Euf.

(En la puerta.) ¡Chist!... Señor Michigan...

Mich.

(Levantándose rápidamente y volviéndose.) ¡Eh!... ¿Qué se le ofrece a usted, Eufemia?

Euf.

No se enfade usted... Como ahora estamos solos, me dije: Voy a ver si quiere que le eche una mano en su trabajo. (Se dirige a él sonriente.)

- Mich.** ¡Quiero que me deje usted en paz! ¿Lo oye usted? ¡En paz!
- Euf.** Sí, señor. ¡Qué mal genio! Es que me da usted lástima. ¡Todo se lo cargan a usted!... ¡No sé qué empeño tiene el señorito en reventarle a usted a trabajar!...
- Mich.** ¡Yo sí lo sé! (Furioso.) El meticuloso sacudimiento en muebles, enseres y prendas de vestir, de las microscópicas partículas que constituyen el polvo, es una función que entra de lleno en las privativas de todo criado o fámulo.
- Euf.** Sí, señor. Que me maten si lo entiendo, pero es seguro que tiene usted razón. (Cruza las manos sobre el pecho mirando a Michigan con amorosa adoración.)
- Mich.** Ya está usted haciéndome visajes... (Eufemia cambia de expresión.) ¿Y qué barre usted a estas horas?...
- Euf.** Es que esta noche hay convidados...
- Mich.** ¿Viene gente a cenar? ¿Quiénes?
- Euf.** A cenar y a dormir. El amo me llamó al teléfono y me dijo que preparase la cama del cuarto desocupado.
- Mich.** (Con desaliento.) ¡Huéspedes! Y, como siempre, serán personas que me conocen... (Golpeándose la cabeza con desesperación.)
- Euf.** (Acercándosele.) No se apure usted por el aumento de trabajo. Si usted quiere yo serviré la mesa, señor Michigan...
- Mich.** ¿Por qué me llama usted señor Michigan? Yo soy un criado como usted... Llámeme usted Michigan a secas, o Guillermo.
- Euf.** Ya sé que es usted un criado... Pero es que parece usted un señorito... Y me da mucha vergüenza, ¿sabe usted?... Además, me da mucha pena... Porque me malicio que tiene usted muchas penas... ¡Figuraciones!
- Mich.** ¿Y por qué se lo figura usted?
- Euf.** De día los hombres saben callarse la morriña. Pero por la noche, se destapan... (Gesto de Michigan.) Yo le oigo a usted todas las noches quejarse... ¡Como el tabique es tan delgado! (Tiernamente.) Señor Michigan, ¿no se ha casado usted nunca?
- Mich.** (Compungido.) ¡Tres veces!
- Euf.** ¡Pero ahora es usted libre! ¿Por qué no se casa usted conmigo? (Se sienta a su lado.)

- Mich.** (Levantándose vivamente y apartándose un poco.)
Porque tres veces ya es bastante... ¡Sería un
abuso! Compréndalo usted.
- Euf.** Sí, señor, sí... Pero a lo mejor se muda de
opinión. (Ella avanza hacia él. El retrocede.) Se-
ñor Michigan, ¿sabe usted la diferencia que
hay entre usted y yo?
- Mich.** ¡No!.. ¿Qué diferencia?
- Euf.** Usted entró a servir en esta casa porque es
guapo. A mí me tomaron porque soy fea.
- Mich.** (Separándose un paso más.) ¿Y usted cómo lo
sabe?
- Euf.** No vaya usted a creer que me lo ha dicho
nadie... Pero se ve en seguida que el ama es
muy celosa... y no quiere tener doncellitas
pizpiretas que puedan llamar la atención al
señorito.
- Mich.** Pero yo, ¿qué tengo que ver con eso?
- Euf.** Con usted ya es otra cosa... Un criado guapo
siempre es un adorno.
- Mich.** ¿Eso es lo que dice de mí el amo?
- Euf.** Sí. Y que un mayordomo bien afeitado es
un lujo mayor que tener en casa una piano-
la. (Michigan desesperado tira el plumero al suelo.
Eufemia lo recoge y se lo lleva al corazón.) Pero no
se ponga usted así... Es usted huraño y tris-
tón porque le falta a usted un cariño... Dé-
jese usted querer y verá qué contento se
pone. (Se le acerca mimosa.) ¡Soy muy melo-
sital!
- Mich.** (Huyendo.) ¡Eufemia, usted se ha vuelto loca!
¡Que la vea a usted un médico! (Ella le persi-
gue.)
- Euf.** ¡No! Usted es mi médico y mi boticario... Mi
enfermedad, un corazón sensible... ¡Quié-
rame usted un poco, señor Michigan!...
- Mich.** (Siempre retrocediendo.) ¡Apártesel!.. ¡Al fogón!
O cojo una silla... (Mirando a la derecha.) ¡Mire
usted!
- Euf.** ¡El amo!... (Vase hacia la izquierda y se vuelve ha-
cia la puerta.) Señor Michigan... si lo piensa
usted mejor, ¡en la cocina estoy! (Sonríe con
coquetería y vase.)
(Entra WILSON por la derecha. Trae dos paquetes,
uno largo y estrecho, otro cuadrado y también estre-
cho. Los deja sobre la mesa. Habla altivamente.)
- Wils.** Guillermo. El sombrero... el paraguas... (se
los da. Michigan los recoge de mala gana) Una de

sus obligaciones de usted es anticiparse a mis deseos y no hacerme repetir constantemente las mismas órdenes. (Pausa.) Conteste usted.

Mich.
Wils.

Sí, señor.

Pues téngalo usted muy presente. El batín. (Michigan le ayuda a ponérselo.) Las zapatillas. (Michigan las recoge de la chimenea. Wilson se tumba sobre la «chaise longue». Michigan se arrodilla para desabrocharle las botas.) Esta mañana dejó usted las botas a medio lustrar. Y el contrato le obliga a usted a servirme con energía y diligencia. (Pausa breve) ¿No piensa usted acabar en toda la noche? ¡Quítemela usted de una vez! (Michigan tira con violencia) ¡Eh!... ¿Qué está usted haciendo?

Mich.
Wils.

¿No dice usted que se la quite?

¡Pero no me arranque usted el pie de cuajo Deme usted un poco de whisky. (Michigan echa el whisky y el agua de seltz en un vaso. Bebe un poco sin que le vea Wilson y vuelve a llenar el vaso con seltz, se lo da a Wilson y este bebe.) Está en su punto. Tiene usted aptitud para hacer la mezcla de whisky con seltz...

Mich.
Wils.
Mich.

Es de nacimiento.

¿Y la señora?

Salió después de comer y no ha regresado todavía.

Wils.

(Tumbándose otra vez y desperezándose) ¡Aaaah!... ¡Qué bien se está aquí! Y qué gusto da tener una casita abrigada y cómoda, donde reposar después de un día entero dedicado al trabajo y al negocio. ¡Bien me lo gano, Guillermo!

Mich.

(Tímidamente.) Oye, Alfredo... (Wilson le mira con altanería.) Digo, señor Wilson... (Mirando al suelo.) Y el negocio, ¿marcha bien?

Wils.

(Con entusiasmo.) ¡Regiamente! ¡Tú preferirás no creerlo, pero desde que lo dejaste he duplicado la venta! (Bebe.) Por primera vez en muchos años hago todo lo que quiero y todo lo que se debe hacer. (Bebe.) Por ejemplo. ¡He decidido cambiar el color de nuestras píldoras!

Mich.

¿Qué?... ¿Cómo?... (Arrojando al suelo las botas y hablando como cuando no era criado) ¿Vas a cambiarle el color a mis píldoras? (Avanzando hacia él) ¡No lo harás! ¡Tú no puedes hacerlo!

Wils. ¿Que no puedo con arreglo al contrato? (Sacando un papel y leyendo.) «Me corresponde la dirección del negocio en absoluto y sin limitación de ninguna especie.» (Sonríe y guarda de nuevo el papel.) ¡Me parece que está claro!

Mich. (Patéticamente.) Sí, muy claro. (Dejándose caer sobre la «chaise-longue».) ¡Pero eso es lo mismo que si asesinaras a mi único hijo!

Wils. ¡Y dale! ¡Qué manía de preocuparte de tu descendencia! (Pausa.) El violeta resultaba feo, sucio. En adelante las píldoras serán de color de rosa... como los pensamientos de los que las consuman... ¡Es una frase nueva para los anuncios!

Mich. (Levantándose.) Dos cursilerías... el color y la frase... Alfredo, por Dios, te suplico...

Wils. (Atajándole.) ¡No admito objeciones! He hecho una prueba, ¡y el negocio ha subido como la espuma!

Mich. ¡Como la espuma! (Téticamente.) ¡Como la espuma se deshará! Señor, ¿por qué me encontré a este hombre en mi camino? ¿Por qué no me atropelló aquel día un automóvil? O mejor aún, ¿por qué no le atropelló a él?

Wils. ¡Cálmate, muchacho! Se me olvidaba... Hoy tenemos convidados.

Mich. ¿Quiénes son?

Wils. ¿Cómo dice... usted?

Mich. Pregunto... ¿quiénes... son?

Wils. ¿Y a usted... qué... le... importa? Acuérdesse usted de nuestra situación respectiva y del contrato. (Dirigiéndose a la chimenea.)

Mich. Lo recuerdo todo perfectamente. Y ese contrato nada dice que me obligue a estar en perpetua exhibición ante mis antiguos amigos y conocidos.

Wils. Ni en sentido contrario tampoco... (Michigan se desespera. Michigan se contiene. Suena el timbre.) Vé a ver quién es.

Mich. Ya voy. Pero antes quiero decirlo—a ti y a Palmerston—que no se fraguó jamás un contrato más leonino. (Va hacia la puerta de la derecha, volviéndose.) ¡Ah! Y otra cosa; necesito mi correspondencia.

Wils. ¿Tu correspondencia?

Mich. Mis cartas particulares, que habrán llegado

- seguramente al despacho; si no me las traes, iré yo por ellas.
- Wils.** Guillermo, no te mortifiques con pretextos tan fútiles. (Suena el timbre.) ¡Vé a abrir! (Michigan vuelve la espalda, abre la puerta brutalmente y vase. Wilson apenas ha salido pide comunicación por teléfono.) Central.. Con el 61-70. (Mirando a la puerta.) ¡Pobre Guillermo!... Pero bien merecido se lo tenía. (Al teléfono.) ¡Diga!... ¿El señor Palmerston?... Hola, Tom, ¿eres tú? ¿Quieres venir a cenar con nosotros esta noche? (Entra Michigan trayendo un envoltorio.) Perfectamente, gracias. Te espero en seguida. (Ve a Michigan.) Te preparo una sorpresa agradable... No, no puedo decírtela por el teléfono... La servidumbre acecha por los alrededores... ¡Ven corriendo! ¡Hasta ahora! (Cuelga el auricular. Se sienta a la izquierda.) Guillermo, ¿quién llamaba?
- Mich.** ¡La planchadora de su excelencia! (Levanta el paquete con ambas manos y se lo arroja a la cabeza a Wilson. El paquete se rompe y salen de él cuellos y puños.)
- Wils.** (Poniéndose de pie de un brinco.) ¡Eh!... ¡Insolente! Oiga usted... (Sacando un cuadernillo de notas.) Esta genialidad va a costarle a usted cara. ¡Cien dólares de multa!
- Mich.** ¡Ya lo sabía! ¡Pero me desahugué! Es mi primera satisfacción desde que entré en tu domicilio.
- Wils.** Pues voy a proporcionarte otra. Recoge cuellos y puños.
- Mich.** Con mucho gusto, señor. (Lo hace así envolviéndolos de nuevo.)
- Wils.** (En tono de reconvención.) ¡Bonita manera de comportarse! ¡Así corresponde usted a mis constantes demostraciones de consideración y benevolencia... ¿Sabe usted qué día es hoy?
- Mich.** (Después de dejar el paquete sobre una silla.) No. Ni me importa.
- Wils.** El día de tu santo.
- Mich.** ¡Ah, es verdad!... Gracias por tu recuerdo.
- Wils.** Te conduces de un modo que me hace olvidar todas mis buenas intenciones. Este hubiera sido el día del año más indicado para que hiciéramos las paces.
- Mich.** Casi, casi tienes razón.. Y si tú quieres, por

mí no hay inconveniente. (Tendiéndole lá mano.)
¡Perdóname, Alfredo!

Wils. (Estrechándole la mano y dándole golpecitos en la espalda.) Ya estás perdonado, Guillermo. No se hable más del asunto. (Yendo a la mesa.) Te traigo un obsequio... Una pequeñez.

Mich. ¿Un regalo?... (Cogiéndolo.) Eres muy bueno. ¿Por qué te has molestado?

Wils. Ninguna molestia... tengo en ello mucho gusto... Y espero que te sirva de consuelo y alivio... ¿No lo abres?

Mich. (Abre el paquete largo. Es un plumero: estupor.) ¿Qué porquería es esta?

Wils. (Abriendo el otro paquete.) La primera parte del obsequio. Mira la segunda... (Es un cuadrito en el que aparecen pintados tres naipes. Un rey y dos doses.) Una pareja de doses y un rey de oros... El recuerdo de nuestra batalla... ¿Verdad que es muy lindo?... (Michigan trata de dominarse sin contestar. Wilson deja el cuadro sobre la mesa.) ¡Fíjate! Mi intención es que con esto (Por el plumero.) le quites el polvo a esto, (Por el cuadro.) todas las mañanas antes de servirme el desayuno y todas las noches cuando te acuestes rendido por tu honrada y honrosa labor de todo el día. Eso fortalece la voluntad. ¿Me comprendes?

Mich. Sí.

Wils. Sí, señor.

Mich. Sí, señor.

Wils. ¡Admirable! (Yéndose hacia el fondo.) Esta noche cenaremos a las nueve en punto. (Subiendo los primeros peldaños y volviéndose.) Y te recomiendo mucho que no me des que sentir delante de los convidados... Y no te olvides de servirnos los cok-tails aquí. (Vase. Michigan se queda mirando hacia la escalera silencioso, rabiosamente va a la mesa, coge el cuadro y el plumero y dice:)

Mich. Me costará otros cien dollars, pero... (Con el plumero perfora el cuadrito, rompiendo el cristal. Al volverse ve entrar a ADELAI DA en traje de calle.)

Adel. Buenas noches, Guillermo. (Tropieza con las botas de su marido.) ¡Santo Dios! ¡Qué desordenado es este Alfredo! (Goge las botas. Michigan quiere quitárselas. Ella no quiere.) ¡Guillermo, de ningún modo! Yo no puedo consentir... (El se las quita.) ¿No comprende usted que me mortifica verle a usted desempeñando estos

- menesteres?... (Yéndose.) ¿Cuándo pondrán fin ustedes dos a semejante ridiculez?
- Mich.** No. Soy yo el único que hace el ridículo... Y estoy dispuesto a seguir haciéndolo hasta el final... ¡si no me da una congestión!
- Adel.** ¿Le trató a usted hoy muy mal mi marido?
- Mich.** (Irónico.) ¡No! Precisamente se ha mostrado esta noche excesivamente amable.
- Adel.** Lo dice usted en un tono poco convincente. Estoy avergonzada, Guillermo, y he de poner toda mi influencia para lograr que Alfredo se humanice un poco.
- Mich.** Gracias, Adelaida. Es usted una amiga cariñosa.
- Wils.** (Llamando desde la escalera.) ¡Adelaida!... Encanto... ¿Estás ahí?
- Adel.** (A Michigan.) ¡Chist! (Separándose un poco de Michigan. A su marido.) Sí, precioso. Acabo de llegar. (A Michigan acercándosele y en voz baja.) Que no nos vea juntos. Eso podría neutralizar mi influencia.
- Mich.** Sí, sí. Es que quiero que le pida usted una cosa... si le ve usted propicio...
- Adel.** ¿Cuál?
- Mich.** Que no me obligue a servir la mesa esta noche. Eufemia puede hacerlo por mí. Yo, en cambio, ya sé pelar patatas y freir un par de huevos.
- Wils.** (Arriba.) ¡Adelaida!
- Adel.** ¡Chist! (Adelaida deslízase hacia la escalera. Wilson desciende. Michigan vase.)
- Mich.** (Desde la puerta.) ¡A él sí que le asaría yo a la parrilla! (Vase por la izquierda.)
- Wils.** (Descendiendo.) ¡Gracias a Dios que has venido! (Besándola.) ¿Cómo has tardado tanto, corazoncito de oro?
- Adel.** (Separándose.) Estuve de tiendas, maridito de terciopelo. Y se me pasó el tiempo sin sentir.
- Mich.** Llegué a estar con cuidado. Media hora llevo tras los cristales esperando a mi porcelana de Sevres. (Interrumpiéndose y mirando al suelo.) Perdóneme... un instante. (Cogiendo del suelo el cuadro con el plumero ensartado lo deja sobre la mesa y saca del bolsillo el cuadernillo de notas.)
- Adel.** (Sentándose a la izquierda.) ¿Qué es ello, queridito?
- Wils.** Nada; cielo azul de Nueva York, un descuido de nuestro buen Guillermo. Y se lo car-

go en cuenta a deducir de sus haberes y beneficios. (Se guarda el cuadernillo.)

Adel. Vamos a ver, Alfredo, ¿por qué eres tan... tan inflexible con el pobre Guillermo?

Wils. No hay más remedio. Ante todo la disciplina.

Adel. Es que abusas un poco. Considera que es tu amigo, tu consocio, en último término, un hombre, un semejante. Y el pobre está siempre tan triste y apesadumbrado que da compasión.

Wils. ¿Ya ha ido a enternecerte contándote sus cuitas?

Adel. ¡No! Te lo aseguro. Es que lo veo yo, con mis propios ojos. No, amor mío, no haces bien en lo que haces. Y la prueba aquí la tienes. (Abre el bolso y saca un telegrama.)

Wils. ¿Un telegrama? Leámosle juntos. (Adelaida lo retira.) ¿Qué dice?

Adel. Dice: (Leyendo) «Llegaré esta noche a las ocho. Besos. Florencia.»

Wils. En ese telegrama tengo yo una participación. Le escribí a Florencia hace tres días rogándole que viniera a pasar una semana con nosotros. ¡Ya sabía yo que eso iba a alegrarte!

Adel. (Consternada.) ¿Una semana aquí con nosotros? ¡Alfredo de mi vida! ¡Si no podemos tenerla aquí! ¿Has olvidado que Florencia está en relaciones con Guillermo para casarse muy pronto?

Wils. Cabalmente, porque lo recuerdo es por lo que pensé invitarla.

Adel. ¡Alfredo! (Levantándose.) Ella le verá convertido en tu ayuda de cámara... y tú tendrás que explicarle el motivo.

Wils. ¡Eso, para que me cueste la bonita cifra de 25 000 dollars! ¡Cualquier día!

Adel. Entonces, se lo tendré que explicar yo.

Wils. ¡Tampoco! Porque también en ese caso habría yo de pagar una indemnización igual. ¡Acuérdate del contrato! Tu voz argentina es... de plata; pero ahora tu silencio es de oro.

Adel. Pues alguien se lo tendrá que referir. Y si tú ni yo podemos, no tendrá más remedio que hacerlo, Guillermo.

Wils. (Sonriendo.) Eso ya es diferente. El es el más

interesado. Y a nosotros no nos vendrán mal sus 25.000 dollars.

Adel. ¡Aleck! ¡Es cruel, es monstruoso! ¡Casi, casi una estafa!

Wils. ¡Con qué calor le defiendes siempre!

Adel. ¡Porque tengo corazón! ¡Cómo puedes enseñarte así!

Wils. ¡Pues aún no sabes lo mejor! He convidado también a Tom Palmerston. Está enamorado de Florencia, y como él me dió las cartas que me hicieron ganar, he decidido ayudarle a que le birle al otro la novia.

Adel. ¿Y si llegas a perder la jugada y te conviertes en su criado, qué hubieras hecho de mí?

Wils. ¡Pero si eso no sucedió!

Adel. ¡Pero hubiera podido suceder! (Adelaida se sienta excitada, llorosa.) ¡Eres un desalmado! ¡Un jugador sin conciencia, capaz de poner a una carta tu fortuna, tu mujer y tus hijos! (Grita y llora.)

Wils. ¡Ya está ésta como el otro! ¡El porvenir de los hijos non natos! ¡Es una epidemia!

Adel. (Dando berridos.) ¡Yo no me casé para esto!... ¡Para que mi marido me apostase como se apuesta una cena o un bock con patatas fritas.

Wils. (Tratando de acariciarla.) Adelaida... mujer...

Adel. No me toques... No me contradigas... ¡No me pongas más nerviosa de lo que estoy!

Wils. (Separándose.) Bueno, bueno... Ya no digo nada. (Suenan el timbre.)

Adel. (Reforzando la pataleta.) ¡Ay, ay, ay! ¡Florencia... es Florencia... a... a... ¿Y qué hacemos ahora...a...a?

Wils. (Yendo a la derecha.) Lo primero, hacer que no te oiga gritar. Vete a tu cuarto.

Adel. ¡No quiero irme!... ¡Lo que tú quieres es librarte de mí...i...i...i...!

Wils. Entonces, quédate. Y escandaliza cuánto se te antoje.

(MICHIGAN cruza la escena de izquierda a derecha con intención de ir a abrir la puerta.)

Adel. ¡Alfredo!

Wils. (Yendo a la puerta para atajar a Michigan.) ¡Guillermo, no te molestes! Yo mismo abriré.

Mich. (Extrañado.) ¿Cómo? ¿Usted?...

Wils. ¿Pues qué? ¿No tengo yo el derecho de ir a

abrir la puerta de mi casa? ¡No faltaba más!
¡Largo, a la cocina! (Suena el timbre por segunda vez. Michigan le mira desconcertado. Vuélvese rápidamente y vase por la izquierda dando un portazo. Wilson intenta seguirle amenazador.)

Adel. ¡Alfredo! (Wilson se detiene, la mira y saca el cuadernillo para anotar otra multa mientras se dirige a la derecha. Vase. Adelaida, entre sollozos, revuelve en su bolso hasta encontrar espejito y polvera de mano. Trata de borrar las huellas de sus lágrimas rápidamente gimoteando. Se mira al espejito. Sonríe satisfecha. Transformación muy rápida para subrayar el contraste. Guárdalo todo en su sitio. Entran FLORENCIA y WILSON trayendo éste el maletín que dejará sobre la mesa.)

Wils. ¡Ya está aquí, queridita, ya está aquí!

Adel. (Saludando a Florencia cariñosísimamente como si nada acabase de ocurrir.) ¡Florencia! ¡Monina!

Flor. (Besándola.) ¡Adelaida! ¿Qué tal estás? ¡Muy guapa, ya lo veo!

Adel. ¡Cuánto te agradezco que hayas venido! Estaba suspirando por verte desde que le dije a Alfredo que te escribiera! (Wilson hace una mueca.)

Flor. ¡Lo creo! Porque sé que me quieres... ¡Qué retepreciosísima estás!

Adel. ¡Tú sí que eres encantadora!

Flor. (Sentándose a la mesa.) ¡Ya estoy en mi casa! Casi en mi casa.

Adel. Sin casi. Y por ello me perdonarás que te deje y vaya a vestirme para cenar.

Flor. ¿Toilette de etiqueta? Supongo que no será por mí. ¿Convidados? ¡Y mi baul sin llegar!

Wils. ¡No, no! Amigos de confianza. Y entre ellos Tom Palmerston

Flor. ¡Ah, sí! Ya no me acordaba de él. (Echándose hacia atrás.) ¿Vendrá también Michigan?

Adel. (Fingiéndose sorpresa.) ¿Michigan?

Flor. Le llevo escritas siete cartas sin recibir contestación. ¡Cuando le vea me va a oír!

Wils. ¡Ja, ja, ja! ¡Es muy gracioso!... ¡Pues sí vendrá!

Flor. ¿Fué hoy al despacho?

Wils. No Está ahora... ¡de vacaciones!

Flor. ¿Y dónde las pasa?

Wils. ¡No me lo ha dicho! (sonríe.)

Flor. ¿De qué se ríe usted? ¡Ah, vamos, ya comprendo! Han querido ustedes obsequiarnos

con un banquete con motivo de ser hoy el santo de Guillermo.

Wils. (Sonriendo.) Eso es... ¡Un obsequio! Para Guillermo especialmente.

Flor. ¿No? Le encuentro a usted muy enigmático.

Wils. Es que... como Michigan y Palmerston fueron rivales... Tengo curiosidad de ver como los trata usted a los dos juntos.

Flor. (Levantándose,) ¡Qué tontería! ¡Si son amigos íntimos! ¡Y los dos me tienen sin cuidado!

Wils. (Cogiéndole la mano a Florencia y haciendo alusión a la sortija.) ¿De veras?

Flor. ¡Suelte usted! Esta sortija fué un regalo de mamá, para que me consolase de no haber podido pescar novio todavía. (Ríe y le muestra la mano.) ¿Verdad que es muy linda?

Adel. ¡Magnífica! Se me hace tarde. Quedaos de charla mientras yo voy a vestirme. (Voviéndose y viendo a Florencia muy cerca de su marido.) Florencia. Mejor será que me acompañes y te entretengas charlando conmigo.

Flor. Como gustes. Estoy por completo a tus órdenes. Vamos. (Sube las escaleras alegremente.)

Wils. (Alto.) Yo también subo. ¡Me afeitaré en un momento! (Vase por la escalera con aire ofendido. Se oye reír a Florencia. MICHIGAN sale por la izquierda, va a la escalera, mira hacia arriba escuchando y retrocede sorprendido y pèrplejo.)

Mich. ¡Esa risa!... Juraría que... ¡Pero no puede ser! ¡no puede ser!

(Entra EUFEMIA por la izquierdo ocultando tras sí una mano.)

Euf. ¡Chist! Señor mayordomo...

Mich. (Volviéndose rápidamente) ¿Qué... qué quiere usted, estáfermo?

Euf. Quiero decirle a usted un secreto.. (Michigan se asusta.) No; no es un secreto mío.

Mich. (Tranquilizado.) ¡Ah, vamos!

Euf. Un señor vino hace poco al despacho del señor Wilson. Dijo que no podía esperar...

Mich. ¿Y qué?

Euf. Que le traía a usted sus cartas.

Mich. ¡Mis cartas! ¡Gracias a Dios!

Euf. Sí, señor. Y dijo que todos los días las ha traído también.

Mich. ¡Y ese granuja se las ha tragado! (Cerrando los puños.) ¡Bueno! ¡Yo le hago tragar el contrato de propina!

- Euf.** (Abrazándose a él amorosamente) ¡Señor mayor-domo... señor Michigan! ¡No se pierda usted!
- Mich.** ¡Quítese usted de mi vista, fenómeno! (Viendo los cartas que Eufemia tiene en la mano.) ¡Ah, las ha cogido usted! ¡Démelas!
- Euf.** (Esquivándose) ¡Eh, eh! Poco a poco... (Mimosamente.) Valen mucho Pero yo se las vendo baratas. Alguna miradita dulce de cuando en cuando. ¡Ya ve usted qué poco!
- Mich.** Vengan... o lē tiro una silla a la cabeza. (Eufemia arroja las cartas compungida sobre la mesa. Michigan las coge, las abre y las lee febrilmente.)
- Euf.** ¡Ya sabía yo que eran de una mujer! (Secándose las lágrimas con la punta del delantal.) Me lo malicié por el color. . ¡y porque echan un olor como esos que se ponen las tunantas! (Solloza.)
- Mich.** (Separando momentáneamente la vista de las cartas,) ¡No! ¡Son de una tía mía! (Michigan sigue leyendo. Eufemia llorando. De pronto su cara se ilumina con un rayo de alegría.)
- Euf.** ¡Ay, Dios mío! El caso es que todo podría arreglarse. (Acercándosele.) Usted dispense, señor Michigan. Una pregunta no más.
- Mich.** (Agresivo.) ¡Diga usted?
- Euf.** ¿Qué se hicieron de esas... de esas tres señoras?
- Mich.** ¿Qué señoras?
- Euf.** Las que se casaron con usted... supongo que una después de otra.
- Mich.** Pues... ¡murieron! ¡Las tres! De muerte violenta... (Lúgubrementemente.) ¡Las maté yo!
- Euf.** ¡Ay, Dios mío!... ¡Es posible! Pero cuando usted lo hizo, sus motivos tendría... Yo me portaré mejor que ellas.
- Mich.** Eran tres ángeles... Sólo que yo suelo ponerme bruto a ratos... ¿Sabe usted lo que hice con la tercera y última señora Michigan?...
- Euf.** No, señor...
- Mich.** La colgué en la bodega boca abajo, como si fuera un jamón, y la despellejé...
- Euf.** ¡Bien hecho (Michigan se desespera.) Y si usted me quiere un poco... ¡no me importa que me cuelgue usted también en calidad de jamón!
- Mich.** ¡Usted jamón! ¡Tasajo y gracias!
- Euf.** ¡Guillermo!

- Mich.** Bueno, ¿quiere usted hacerme el señalado favor de dejarme solo?
- Euf.** (Le mira despechada y se vuelve a la izquierda.)
¡Dios misericordioso!... Hay hombres que no entienden las indirectas... Se lo voy a tener que decir claro... Antes no eran así...
(Vase.)
(Michigan rompe nerviosamente los sobres de las cartas. Suena el timbre, pero Michigan no se entera.)
- Mich.** Fechada el diez y ocho .. ¡y estamos a veinticinco!
- (Vuelve a sonar el timbre)
- Wils.** ¡Guillermo!... ¡Guillermo!... ¿No oye usted que llaman?... Por qué diablos no va usted a abrir?
- Mich.** (Acercándose a la escalera y desgañitándose.) ¡Porque pensé que ya se tomaría ese trabajo usted mismo!
- Wils.** ¡Oh! Cien dollars de multa... ¡por impertinente!.. Y abra usted la puerta.
- Mich.** (Furioso.) ¡Va! (Va a abrir.)
(Entra TOM PALMERSTON de frac.)
- Tomás** ¡Hola, amigol... ¿Cómo tardaste tanto en abrir?... Veo que descuidas tu obligación. ¿Tienes la bondad?... (Quitándose el abrigo y el sombrero se los da a Michigan, que no contesta a sus preguntas. Luego se acerca a la mesa y se sirve él mismo whisky.) ¡Qué frío hace!... Tratemos de entrar en calor con un poco de whisky... (A Michigan.) ¿Y cómo te sienta la nueva vida?
- Mich.** (Resueltamente.) Vas a saberlo. ¡Quiero rescindir el contrato; pero antes de cinco minutos!
- Tomás** ¿Pescindir el contrato? Si estuviera en mi mano, yo tendría mucho gusto en complacerte... Ya sabes que solo puede romperse ese contrato por consentimiento mutuo...
- Mich.** Lo someteré a los Tribunales y me darán la razón. Rescindiré un contrato tan leonino.
- Tomás** Hazlo. Pero no me consultes a mí, que soy su autor. Busca a otro abogado.
- Mich.** No puedo. Si doy conocimiento de ese contrato a un abogado, o a otra persona cualquiera, he de pagar una indemnización de veinticinco mil dollars.
- Tomás** Si no te acomoda el contrato, rómpelo.
- Mich.** Sí, y renuncio a todos mis derechos en el negocio. ¡Si ya sé que me tiraste a degüello.
- Wils.** (Llamando desde dentro) ¡Guillermo! (Michigan

involuntariamente se vuelve.) ¿Llegó ya el señor Palmerston?...

Tomás (Riendo y contestando a Wilson.) Sí, querido, aquí me tienes... ¿Cómo te va?

Wils. Maravillosamente. Bajo en seguida. Dile a mi criado que prepare los cok-tails.

(Michigan agita las manos desesperadamente. Tom le mira burlón.)

Tomás ¡Guillermo, la voz del amo!... ¡Obedécele!

Wils. (Apareciendo por la escalera.) ¡Guillermo! (Pausa breve. Señalando a la izquierda.) ¡El aperitivo!

Mich. ¡Ya voy! ¡Pero óyeme! ¡Y apunta lo que quieras en el cuadernillo! Mientras dure el contrato me tienes a merced tuya. Pero dentro de un año... si es que vivo todavía... ve pensando donde te metes... ¡dónde os metéis! (Vase Michigan por la izquierda.)

(Wilson desciende riendo, mientras toma nota en el cuadernillo.)

Tomás (Poniéndole a Wilson la mano en el hombro. Con gravedad.) ¡Alfredo!... ¿No te parece peligroso continuar en esta situación tan violenta?

Wils. ¡No! (Airado.) Los criados siempre dan que hacer... Le estoy domando...

Tomás Te será muy difícil. Es un pura sangre... Justicia hasta para con el diablo.

Wils. Yo se la hago a Guillermo. Es un ceporro... Pero aún hace mejor ayuda de cámara que hombre de negocios.

Tomás (Riendo.) En fin, allá tú... ¿Cuál era la sorpresa que me tenías preparada?

Flor. (Apareciendo por la escalera.) ¡Muy buenas noches, señor Palmerston!

Tomás (Volviéndose muy contento.) ¡Oh, señorita! (saliéndole al encuentro.) ¡Tengo muchísimo gusto!... (Dándose la mano y acabando de bajar juntos.) ¿Cuándo ha llegado usted a Nueva York?

Flor. Ahora mismo. Es decir, que llego a tiempo de celebrar la fiesta del día. El santo de Guillermo. (Palmerston pone cara de sorpresa.) ¿Qué? ¿Qué sucede?...

Tomás (Algo nervioso.) ¡Nada, nada! Me sorprende tan gratamente verla a usted de nuevo que casi no sé lo que me pasa.

Flor. ¡Qué adulador! (Volviéndose.) ¡Alfredo! ¿Tiene usted algún cacharrito donde poner estas violetas en agua? (Se dirige al aparador en busca de un vaso.)

- Wils.** Ciertamente. Llamaré al criado. (Toca el timbre. Palmerston asustado vase por la derecha.)
- Flor.** No, no... No hace falta que le moleste usted. Este vaso mismo servirá... (Coge el vaso del aparador y se dispone a utilizarlo sin darse cuenta de que Tom Palmerston se ha ido. Florencia echa en el vaso agua de la botella de Vichy.)
- Wils.** Ninguna molestia... Al contrario... Será para él una gran satisfacción.
(Entra MICHIGAN, trayendo en una mano la bandeja con los vasos para los cocktails y en la otra los dos cubiletes metálicos que sirven para preparar dicha bebida. Ambos cubiletes vienen enchufados. Marcha resuelto agitando los cubiletes. De pronto ve a Florencia, lanza un grito y deja caer la bandeja. Florencia se vuelve al oírle y se quedan los dos unos momentos mirándose atónitos, cara a cara. Michigan ha ido disminuyendo poco a poco la agitación del cubilete, dentro del cual suenan los trocitos de hielo que echan en la composición de los cocktails.)
- Flor.** ¡Guillermo! (Pausa. Michigan sacude el cubilete.)
¡Guillermo! (Pausa. Wilson empieza a subir las escaleras andando hacia atrás mirádoles y riéndose.)
¿Qué significa esto? (Pausa) ¡Esa librea! ¡Y esa bandeja! ¡Y ese sonajero!.. ¿Dónde has estado?
- Mich.** (Abrumado.) ¡Aquí... desde hace dos semanas!...
- Flor.** ¿Aquí?... Si me dijeron que estabas con licencia... ¡de vacaciones!
- Mich.** ¿Conque de vacaciones?... ¡Sí, sí!
- Flor.** ¿Pero es que ya no pareces por tu despacho ni tienes siquiera tiempo de escribirme dos líneas... ¡Contesta!
- Mich.** ¡Florencia! (Se le acerca impulsivamente. Se para de pronto y le vuelve la espalda.)
- Flor.** ¡Por Dios, Guillermo de mi alma! A ti te ocurre algo. Quince días sin dar señales de vida... Y yo esperando, esperando...
- Mich.** (Cubiletea.) ¡Lo mismo que yo!
- Flor.** Pero, ¿por qué? Dímelo, por favor... y por favor deja eso, (Por el cubilete.) ¡que me saca de quicio! (Michigan lo deja sobre la mesa.) Dime ¿por qué?
- Mich.** Florencia... ¡no puedo!
- Flor.** ¿Que no puedes? (El no contesta.) ¡No faltará quien pueda! (Volviéndose. Aleck se esconde. Florencia llama.) ¡Alfredo! ¡Tom! ¿Dónde están

ustedes? (Mirando alrededor, asombrada.) ¡Todo el mundo huye! Algo grave me queréis ocultar... Guillermo, ¿no sabes que yo te quiero con toda mi alma? ¿Por qué no me explicas?... ¿Es que eres un criado de verdad?... ¡Si yo te querré lo mismo, aunque no seas de buena familia! Compadécete de mí. Casi me he puesto enferma por tu silencio... hasta que recibí la carta de Alfredo invitándome a venir...

Mich. (Reanimándose.) ¡Ah, te escribió Alfredo diciéndote que vinieras?... (Con los puños en alto.) ¡Lo ahogo!

Flor. (Conteniéndole.) ¡Amor mío! ¿Dónde vas? ¡Escúchame!

Mich. Lo hizo .. a propósito...

Flor. ¿Qué es lo que hizo? No quieres hablarme claro y me trastornas .. No contestas a mis cartas. No me contestas a mí... a mí que he de ser tu amante esposa .. (Patéticamente.) ¡No contestas a nada, como si fueras una señorita telefonista! Y te encuentro aquí convertido en camarero y preparando esa porquería de cocktails. (Con súbita esperanza.) ¡Es todo una burla! ¿Verdad que sí?

Mich. ¡Es la cosa más terrible que te puedes imaginar!

Flor. (Desalentada.) ¿Alguna indignidad que has cometido?

Mich. Nada tengo que reprocharme, tranquilízate. Y si no has perdido en mí la confianza y quieres aguardarte...

Flor. ¿Cuánto tiempo?

Mich. ¡Ejem ... ¡Once meses y medio!

Flor. ¡Once meses! ¡De ningún modo! ¡Quiero saberlo ahora mismo (El parece que va a hablar, pero se contiene. Florencia adopta un tono mas irritado.) Prefiere usted continuar la farsa. Ya comprendo. Es un modo poco noble de darme a entender que desiste usted de casarse conmigo.

Mich. ¡Florencia!

Flor. (Cambiando de tono.) ¡Guillermi! Si te quiero con toda mi alma ¡Si era yo tan dichosa queriéndote y creyendo en ti! ¿Por qué ahora desconfías de tu mujercita y no le cuentas ese secreto?

Mich. Porque... ¡porque no puedo, Florencia de mi

corazón! (Michigan se desespera. Florencia vuelve a expresarse con frialdad.)

Flor. Está bien, señor Michigan. Puesto que esa es su última palabra, yo también sé lo que me corresponde hacer. (Separándose un poco.) Y aunque con todo el sentimiento de mi alma... (Mordiéndose los labios y quitándose la sortija que le entrega.) ¡Tome usted! (Luego separa del cuerpo la mano y la sacude despectivamente.)

Mich. (Muy digno.) Gracias. (Yéndose a la izquierda.) ¡La empeñaré! (Vase por la izquierda.)

Flor. ¡Esto no puede ser! Sería horroroso! ¡Una pesadilla! (Yendo a la izquierda.) Pero, ¿es posible? Guillermo.. Guillermo... ¡Sal al momento! (Entra Michigan trayendo escoba y pala para la basura va al centro de la escena mientras Florencia desde la puerta del recibimiento le mira atónita, desconcertada. Michigan recoge del suelo los vasos rotos y vase sin mirarla) ¡Qué es esto, Dios mío! No, yo no aguanto más la pantomima! (Al pie de la escalera) ¡Alfredo! ¡Alfredo! ¡Venga usted aquí inmediatamente! (Va a la mesa del centro excitadísima. WILSON desciende por la escalera seguido de su mujer.) ¡Amigo Alfredo, querida Adelaida! ¡Deseo saber inmediatamente lo que todo esto significa!

Wils. No se ponga usted tan nerviosa. ¿Qué entiende usted por esto?

Flor. Será ocioso que pretenda usted engañarme. Siéntese usted. (Aleck se sienta.) Y tú también.

Adel. ¡Qué maneras! ¡Y en mi casa!

Flor. ¡Siéntate! (A los dos.) Y ahora explicadme por qué encuentro a uno de vuestros mejores amigos, haciendo de criado en esta casa. (A Adelaida Mira a los dos alternativamente. TOM PALMERSTON entra por la derecha)

Tomás Amiga Florencia, si usted se lo permite a un extraño. . yo...

Flor. ¡Cállese usted, ahora! ¡Y siéntese también!
Tomás (Retrocediendo un poco.) ¿Cómo?... ¡Ah, sí! Con mucho gusto. (Se sienta.) ¿Qué sucede, amigo Alfredo?

Flor. ¡Vaya, otro señor inocente! (Volviéndose a Wilson.) Bueno, amigo Wilson; deseo una respuesta inmediatamente.

Wils. Florencia, mi mayor placer sería complacer a usted; pero creo que solo una persona

puede y debe contestar a su pregunta satisfactoriamente.

Flor. ¿Guillermo? ¡Ya se lo pregunté!

Wils. (Esperanzado.) Y qué, ¿se lo dijo?

Flor. Me dijo que ¡no podía!

Wils. ¡Qué lástima!... ¡Que no puede!... ¡Excusas! Insista usted otra vez a ver...

Flor. No tengo por qué insistir. Porque quiero que ustedes lo sepan; el señor Michigan no significa para mí nada, absolutamente nada. (Los otros tres se miran extrañados.) Y si exijo esta explicación no es por él, sino tan sólo por satisfacer mi natural curiosidad y por mi propia cuenta.

Adel. ¡Por tu cuenta!

Wils. (Levantándose.) Perfectamente, Florencia; pero en tal caso... (Se levanta también Adelaida. Los tres hablan quitándose la palabra de la boca.) Si a usted no le importa nada Guillermo, ¿qué más le da a usted que sea criado o no lo sea?

Adel. Naturalmente, no debes preocuparte de él, querida. Y yo te aseguro que apenas pueda explicártelo todo, te lo explicaré.

Flor. (Al mismo tiempo.) No me preocupo. Pero entre él y vosotros sucede algo incorrecto, y yo te aseguro que lo he de averiguar.

(Todos callan al ver salir por la izquierda a MICHIGAN, que trae en una bandeja cuatro cocktails ya servidos. Michigan, sin hablar, en actitud de criado modelo, se coloca ante Adelaida, que toma uno de los vasitos y se lo ofrece a Florencia. Esta lo acepta y se hace hacia atrás sin dejar de mirar desconcertada a Michigan. Adelaida toma otro cocktail. Michigan presenta la bandeja a Tomás Palmerston.)

Tomás (Cogiendo otro vaso.) Gracias, Jota. (Michigan le presenta la bandeja a Wilson. Este se niega.) Tómalo, Alfredo. Un cocktail es siempre tónico y altamente aperitivo... (Aleck coge el último vaso. Michigan vase rígido solemne. Todos le miran.) A la salud de estas señoras. (Nadie bebe.) ¿No bebes, Aleck? ¿No te gusta?

Wils. (Oliendo el cocktail y dejando el vaso sobre la mesa.) No me satisface su aspecto.

(Tom mira también recelosamente su vaso y lo deposita sobre la mesa.)

Flor. (Lo mismo.) ¿No podré saber tampoco por qué motivo me hacen objeto de este insulto y de este escarnio?

- Adel.** (Levantándose.) ¿Insulto?
- Tomás** (Idem.) ¿Escarnio?
- Wils.** Idem.) ¿No; otros?
- Flor.** (Agriamente.) ¡Sí, señores. Es un escarnio invitarme como lo han hecho ustedes dos, Adelaida y Aleck, a venir a esta casa con el deliberado propósito de humillarme y avergonzarme.
- Adel.** (Ofendida y quejosa.) ¡Florencia! ¡Cuán injusta eres! Yo no te invité. Fué mi marido. Y no tuve la menor noticia de que ibas a venir hasta que leí tu telegrama.
- Flor.** ¡Embusteral! ¿Entonces por qué me dijiste antes que no habías parado hasta lograr que Aleck me escribiese?
- Adel.** ¡Alfredo, toma esto! (Le alarga el vaso que aún tenía en la mano. Aleck lo deja sobre la mesa.) ¡Me he manchado el vestido!
- Flor.** ¡Lo celebro mucho! Y aún me alegro más de no haber probado siquiera una migaja de pan en esta casa! ¡Y ahora, señor Wilson, me voy a un hotel! (Dirigiéndose a la escalera.)
- Tomás** (Levantándose.) Perdone usted, Florencia. Una palabra.
- Flor.** No se moleste. Su aire de seráfica candidez me indica que está usted complicado en esta infamia.
- Tomás** ¿Yo? Escúcheme usted, lindísima Florencia. Es una ligereza imperdonable echar sobre mí toda la culpa. (Mirando a Wilson y Adelaida)
- Wils.** (Al ver que Florencia le mira.) ¡O sobre mí!
- Adel.** ¡O sobre mí!
- Flor.** Ninguno tiene toda la culpa. ¡Pero todos ustedes son culpables! (vase.)
- Adel.** ¡Yo, no! ¿Qué es lo que yo he hecho? ¡Nada! ¡Nada! (A Wilson.) Y para probarlo estoy rablando por contar todo lo sucedido. (Levantándose.) ¡Florencia!...
- Wils.** ¡Adelaida! ¡Por los clavos de Cristo!... ¡Cállate! (Tomás se echa a reír; procura disimularlo tapándose la boca.) ¡Casus belli! Y ahora ¿qué es lo que vas tú a hacer? (Volviéndose a Tomás.) A ti te lo pregunto.
- Tomás** (Extrañado) A mí ¿por qué?
- Wils.** (Sacando el contrato.) Tú mismo te adjudicaste la calidad de árbitro con poder para resolver cualquier desavenencia o discusión. Aquí tienes la discusión. Resuélvela.

- Tomás** Empieza por llevarte de aquí a tu mujer para que yo pueda abordar a Florencia cuando baje.
- Adel.** (Empezando a gimotear.) Eso es... Yo soy siempre un estorbo... Aquí se me trata siempre sin ninguna consideración... ¡A mí nunca se me tiene en cuenta!
- Wils.** Pero corazoncito de oro de tu marido de terciopelo, si precisamente vamos a normalizar la situación... (Empujándola cariñosamente.) Anda, vete arriba; descansa un poco antes de la cena...
- Adel.** ¡Arriba! ¡Con ella! ¡No!
- Wils.** (Queriendo tranquilizarla.) Entonces, ahí mismo, en el despacho...
- Adel.** Yo no soy corazoncito de oro... Yo no quiero ir al despacho... Quiero ir a la cocina... porque noto por el olor que se está pegando la cenaaa... ¡Ay, ay, ay! (Vase con Wilson al despacho. FLORENCIA baja con sombrero y abrigo puestos trayendo en la mano su maletín. Tomás Palmerston la interpela al pie de la escalera.)
- Tomás** Florencia, ¿sería usted tan amable que me escuchase unos segundos?
- Flor.** (Vacila un momento. Después deja el maletín sobre la mesa.) Usted dirá qué se le ofrece.
- Tomás** Lo primero darie a usted mi palabra de honor de que yo ignoraba en absoluto que usted estuviera aquí o que fuera usted a venir a esta casa, hasta que la vi a usted hace un momento. ¿Me cree usted?
- Flor.** Puesto que usted lo asegura, ¡sí lo creo!
- Tomás** Muchas gracias. Y por lo que respecta a Alfredo y Adelaida...
- Flor.** Bueno... ¿Y usted qué interés tiene en este asunto?
- Tomás** Una participación puramente amistosa, diplomática... de un lado. De otro, mi interés principal... ¡es usted! (Acercándosele.) Ya recuerda usted, mi adorada Florencia...
- Flor.** ¿Con qué derecho mellama usted su adorada?
- Tomás** Con ninguno, lo reconozco. Precisamente pleiteo para obtener ese derecho...
- Flor.** Pues esta no es ocasión oportuna para que me hable usted de su pleito. Lo que yo deseo es saber por qué motivo Guillermo se ha convertido en ayuda de cámara.
- Tomás** (Levantándose.) ¡Florencia, eso es poco sensato!

Es exigirme que quebrante el secreto profesional.

Flor. ¿Y trata usted de hacerme el amor y ya empezamos con secretos? (Levantándose.)

Tomás No. Hablaré. ¿Qué remedio me queda, puesto que el Supremo Tribunal lo exige? (Con precaución para no ser oído.) En dos palabras va usted a saber todo. Aleck y Guillermo no estaban nunca de acuerdo para dirigir el negocio. Los dos querían mandar y tener al otro como un simple criado. Yo les propuse un medio de realizar su anhelo.

Flor. ¿Sí? ¿Cuál?

Tomás Como buen amigo que soy de los dos, quise evitarles un pleito y por consiguiente la ruina. Conseguí que firmaran un contrato valadero y obligatorio durante un año. Y una jugada de poker decidió quién había de ser el amo y quién el ayuda de cámara.

Flor, ¿Y eso por qué no quiso explicármelo Alfredo?

Tomás Porque contárselo a alguien le costaría una indemnización de veinticinco mil dollars.

Flor. ¡Ah, vamos! (Empezando a reír.) Pues mire usted, ¡es muy gracioso! (Riendo cada vez más a gusto.) ¿Y se le ocurrió a usted la idea? ¡Ingeniosísimo, amigo Tom! Tiene usted mucho talento. (Riendo.) ¿Y quién dió las cartas? ¿Usted también?

Tomás (Muy gozoso) ¡Yo! A Aleck le di una pareja de doses. ¡La jugada mínima! Por poco se desmaya... ¡Ja, ja, ja! (Ríen los dos. De pronto Tomás se pone serio.) Y ahora, Florencia encantadora, ¿podré esperar que usted vuelva a mí sus miradas?

Flor. Voy a darle a usted la contestación con toda solemnidad. Aunque yo viviera ochenta años, y aunque no quedara más hombre que usted en el mundo... ¡no me casaría con usted!

Tomás ¡Florencia!

Flor. ¡Como usted lo oye! (Tomás va a hablar.) ¡Ni una palabra más! Y con las costas a su cargo, vista la mala fe y la premeditación.

Tomás Pues con la venia de su señoría... (Retirándose hacia el foro y volviéndose.) Ningún abogado ni enamorado alguno se conformaría con sentencia tan lesiva e injusta. ¡Apelaré! (Vase.)

Flor. ¿Ante quién? ¡Como no sea ante el Nuncio!
(Entra MICHIGAN por la izquierda.) ¡Ah! ¡Guillermo! Ven aquí. ¿Sabes? Te perdono. Necesito hablarte.

Mich. Yo también quiero hablar contigo. (Impulsivamente.) Florencia, quiero contártelo todo, aunque me quede sin un céntimo y sin un pedazo de pan que llevarme a la boca.

Flor. No, no, no. ¡Punto en boca! Tus caras palabras te costarían demasiado caras. (El la mira sorprendido.) ¡Ya lo sé! Me lo han contado...

Mich. (Esperanzado,) ¿Alfredo?

Flor. No. No has ganado los veinticinco mil dólares... todavía. Ya ves que estoy bien enterada.

Mich. Ya me parecía a mí demasiada felicidad.
¡Maldita sea mi suerte! (Se sienta abrumado.)

Flor. ¡Eres un cobarde! ¡No te amilanes de ese modo!

Mich. ¡Eso se dice pronto! ¡Ya se conoce que no has leído el contratito!

Flor. ¡Tonto! ¡Aprovéchate de él!... Los hombres no sabéis discurrir. Verás.. Tengo una idea. Utiliza el contrato en contra de quien lo aprovecha en perjuicio tuyo. Ha de estar vigente un año, ¿no es eso?

Mich. ¡Un año! ¡Doce meses! ¡Cincuenta y dos semanas! ¡Trecientos sesenta y cinco días! ¡Una millonada de horas!

Flor. Pues esa es precisamente la condición que más te favorece... y la que nos va a servir para que el amo se convierta en esclavo de su criado y viceversa. Se me ha ocurrido un plan diabólico.

Mich. ¿Qué quieres decir?

Flor. ¿Cuál es el tendón de Aquiles de Alfredo?

Mich. (Hecho un taco.) No lo sé... Ni me consta que Aleck tenga ese tendón.

Flor. El punto vulnerable de un hombre casado ¡es su mujer! Ataca ese punto débil. Mientras más abatido te vea a ti Alfredo, será él tanto más feliz. Hazle desgraciado a él y serás dichoso tú. La felicidad es como el dinero, para que valga algo tiene que estar siempre mal repartido. Sirve a Alfredo y sírvele bien. Con esmero y diligencia. Pero siempre con una sonrisa enigmática. Y Aleck querrá averiguar el por qué de tu

sonrisa. Revolotea, mariposea alrededor de Adelaida, muéstrate obsequioso con ella, procura estar siempre a su lado... aunque no demasiado cerca, porque yo estaré ojo avizor, ¿sabes? Amárgale a tu amo la vida. El quiere hacer que tú faltes al contrato. ¡Haz tú que lo rompa él!

Mich. (Que la ha estado escuchando con inequívocas muestras de admiración.) ¡Pues tienes razón! ¡Es verdad! ¡Lo haré! ¡Vaya si lo haré!

Flor. Entonces queda decretada la movilización general... Tú y yo, los dos, vamos a poner manos a la obra... Y sobre todo, no dejes nunca de sonreír. ¡Qué te vea contento, muy contento!

Mich. ¡Florencia!... ¡Eres un demonio!... ¡Mejor dicho, serías un demonio si no fueras un ángel! (Ríen. Michigan la coge por los brazos. Cuando se están besando les sorprende EUFEMIA, que entra por la izquierda. Lanza un grito mientras pasa a la derecha sin dejar de mirar a Michigan y Florencia. Florencia se separa de Michigan, coge el maletín y vase riendo. Michigan se deja caer sobre una silla, riendo a careajadas.) ¡Lo que me voy a divertir! ¡Ja, ja, ja!

(WILSON sale del despacho. Mira primero a Eufemia desolado y después a Michigan. ADELAIDA sigue a Wilson. Por la escalera desciende TOMAS PALMERTON.)

Wils. ¡Eufemia! ¿Qué le ocurre a usted? (Eufemia, gimoteando, señala a Michigan, que está riendo y bebiendo los cocktails.) ¡Guillermo! ¿Qué le ha hecho usted a Eufemia?

Mich. ¿A Eufemia? (Ríe estrepitosamente y se revuelea sobre la silla.)

Wils. ¿Qué falta de respeto es esta? (Sacando la cartera.) ¿Se ha vuelto usted loco?

Mich. (Cogiendo otro cocktail,) ¡Alfredo!... ¿Quieres hacerme un favor? Ponme otros cien dollars de multa... No puedo decirte cómo, ¡pero me la tengo bien ganada!... (Bebe y ríe.)

Wils. ¡Está borracho! (Volviéndose,) Tom, tú eres buen testigo. ¡Está borracho!

(Michigan pone los pies sobre la mesa y ríe desafortunadamente. Telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo acto y la misma hora, poco antes de la cena, una semana después.

(EUFEMIA aparece en lo alto de la escalera. Se detiene en el rellano escuchando. Se oye a MICHIGAN silbar alegremente desde dentro. Luego entra por primera izquierda tarareando en voz baja y trayendo una bandeja con sifón, cotelera y vasos y hielo. Lo deja todo sobre la mesa. Coge el plumero y lo pasa ligeramente por varios objetos con muestras de satisfacción. Eufemia le mira hacer con la boca abierta. Michigan coge luego las zapatillas de Wilson y las coloca cuidadosamente junto al fuego. Se calienta un poco las manos que luego se frota complacido.)

Mich. Ahora, las babuchas... Que las encuentre bien calentitas.

Euf. Guillermo. .

Mich. ¡Ah! .. ¿Estaba usted ahí, Eufemia?

Euf. (Acercándosele.) Ya ve usted que le obedezco y que le llamo sólo Guillermo. ¿Por qué está usted tan contentito?

Mich. (Jugeteando con el plumero.) ¡Ah! ¿Estoy contentito? ¿Se me conoce?

Euf. Sí, señor. La alegría se le sale a usted por los ojos desde hace una semana... ¡Si al menos fuera por culpa mía!

Mich. Tengo que ser cruel para no ser embustero. ¡No, Eufemia, no es por usted!

Euf. (Desconsolada.) ¿Por quién es entonces?

Mich. ¡Chist! (Acercándosele y hablando misteriosamente.) ¡Porque ya he llegado!

- Euf.** ¿Adónde?
- Mich.** ¡Aquí! (Dándole palmaditas en la cara) A la suprema perfección en el desempeño de mis obligaciones. ¡He descubierto mi vocación! ¡Servir! (Pausa.) Yo he nacido para ser el ayuda de cámara modelo de un amo también modelo, cariñoso, leal.
- Euf.** ¿No decía usted antes que era una hiena?
- Mich.** (Horrorizado.) ¡Eufemia! ¡Está usted soñando! Yo no he podido decir que el señor Wilson es una hiena... ¡Si es un cordero! ¡Ayer mismo, si hubiera usted visto con qué mimo me tiró el tintero a la cabeza! ¡Tiene delirio por mí!
- Euf.** (Asombrada.) ¿Usted cree?... ¡Oh... este pobre hombre está trastornado!...
- Mich.** ¡Mujer encantadora: no se olvide usted de que esta noche tenemos convidados! Reserve usted sus ímpetus para la hora de servir graciosamente los platos.
- Euf.** (Hablando seriamente.) Sí, señor. Lo haré como usted manda. (Eufemia vase por la izquierda.)
(Michigan se queda solo empezando de nuevo a silbar. FLORENCIA aparece por la ventana detrás de los cristales. Llama la atención de Michigan golpeando en los cristales. Michigan acude muy contento. Se besan a través de los cristales. Michigan abre la puerta y entra Florencia.)
- Flor.** (Hablando muy quedo.) ¡Chist!... ¿Dónde está Adelaida?
- Mich.** (Idem.) ¡Arriba! En su cuarto.,
- Flor.** (Idem.) ¡Me alegro!... No quiero que me vea todavía. (Sonriente.) Está contrita y apenada... Me telefoneó invitándome a cenar.
- Mich.** (Queriendo cogerla.) ¡Ah!
- Flor.** (Rechazándole.) ¡No, no, no! ¡Habiemos formalmente! ¿Cómo va nuestro asunto? (Michigan se echa a reír tapándose la boca con las manos.)
Alfredo, ¿se muestra ya celoso?
- Mich.** ¡Me tiene un odio africano!... ¡Bueno, pero lo que estamos haciendo con Adelaida no tiene perdón de Dios!
- Flor.** A mí también me remuerde la conciencia. Anoche soñé que ella estaba junto a mi cama amenazándome con un cuchillo de esos que sirven para cortar el pan... (Sonriendo y acercándosele.) ¡Mira! Hoy te traigo un bonito regalo. (Dándole un paquetito.)

- Mich.** ¿Otro plumerito? No veo la gracia.
Flor. Abrelo, hombre, si quieres.
(Michigan abre el paquete sacando un pulverizador de tocador. Lo mira extrañado. Lo hace funcionar pulverizándose la nariz. Muecas. Florencia le habla al oído. Michigan pone cara de alegría y satisfacción. Florencia retrocede un poco, se quita el velillo del sombrero y se lo da a Michigan.)
- Mich.** Pero, hijita, esto no es ninguna novedad.
Flor. Espérate un poco y verás qué maravillosamente funciona.
- Adel.** (Llamando desde arriba.) ¡Guillermo! ¡Guillermo!
- Mich.** (A Florencia.) ¡Chist! ¡Escóndetel (Dirígete a la escalera guardándose el pulverizador y el velo en el bolsillo.) ¡Adelaida!... ¡Aquí estoy! (Permanece allí mientras Florencia pasa a la izquierda y se oculta en el hueco de la escalera.)
- Adel.** (Descendiendo vestida para la cena.) ¡Buenas noches, Guillermo! (Michigan adopta una actitud de criado.) ¡Oh, por Dios! ¡No quiero verle a usted en esa actitud!.. ¡Me parece usted un criado de veras!
- Mich.** Gracias por ese elogio, Adelaida, Algún día recurriré a usted en demanda de buenos informes. Alfredo no ha tenido que ponerme ninguna multa ¡hace una semana!
- Adel.** Y espero que no le pondrá a usted ninguna nunca más.. ¿Está por ahí mi papel para cartas? Quiero escribirle dos letras a mi madre.
- Mich.** (Señalando el cajón izquierdo de la mesa.) Sí. Yo mismo lo dejé aquí hace un momento.
- Adel.** Gracias. (Se sienta. Apenas lo ha hecho, Florencia sale de su escondite y empieza a subir de puntillas por la escalera. Mientras tanto Michigan abre el cajón aludido, saca la caja de papel y se la da.)
- Mich.** Con permiso... (Sacando del bolsillo del chaleco una estilográfica.) ¿Quiere usted mi estilográfica?
- Adel.** (Empieza a escribir y sigue hablando sin levantar la cabeza.) Alfredo no volvió todavía, ¿verdad?
- Mich.** (Hipócritamente.) Todavía no... Debe de estar aún.. en el despacho.
- Adel.** ¿Por qué recalca usted esas palabras.. «en el despacho?»
- Mich.** ¿Yo recalco?... ¡Por nada! ¡No es nada! (Finge querer disimular una sonrisa volviendo la cara.)

- Adel.** (Intrigada.) Llame usted por teléfono al despacho, ¿quiere usted? Pregunte si está allí.
- Mich.** Con mil amores. (Llama) Central. 40-80. (Cuelga el auricular y mira a Adelaida con una sonrisita burlona.)
- Adel.** Guillermo, ¿no nota usted muy cambiado a mi marido desde hace días especialmente?
- Mich.** ¿En qué sentido?
- Adel.** Es muy difícil precisar en qué sentido. Parece preocupado, triste. Por ejemplo; ¿se acuerda usted del otro día, cuando al volver a casa nos encontró a los dos colocando en los floreros las rosas que usted me trajo? Apenas se marchó usted me dijo: «¡Ya podía Guillermo arreglar él solo esas flores! Y mejor haría aún absteniéndose de regalarte rosas... ¡Un criado regalando rosas a sus amos!» Y se fué refunfuñando. ¿A usted qué le parece?
- Mich.** ¡Pasmado me deja usted, pasmado!
- Adel.** ¡No sé! Temo que vaya a ponerse enfermo... Soy muy huraña, soy celosa, sin motivo... Lo reconozco... En adelante pienso corregirme; seré una mujercita confiada, mimosa, indulgente.
- Mich.** Perdón (Al teléfono.) ¿No contestan? Entonces, déjelo usted ya. Gracias. (A Adelaida.) Del despacho no contestan.
- Adel.** (Mira al reloj con gesto de contrariedad, pero se domina.) Es posible... es posible que esté ya de regreso... Hoy quiero darle una prueba de cambio de conducta. El quería que invitásemos a comer a Florencia y yo me negaba a complacerle. ¿Mal hecho, verdad? No se debe ser rencoroso... Y la he puesto un telefonema para que no deje de venir a cenar esta noche. (Levantando la cabeza.) ¡Perdonemos las ofensas!
- Mich.** ¡Corazón magnánimo! Especialmente para mí... ¡Ya verá usted! ¡Estoy dispuesto a servirle sin derramar la sopa!
- Adel.** (Consternada.) ¡Pobre Guillermo! Le juro a usted que no tuve en cuenta, ni casi recordaba, que son ustedes novios... Sólo lo hice por complacer a mi marido; y para que vea que con tal de tenerle a usted contento no me importa soportar sonriente a las personas más antipáticas.

- Mich.** ¿Le es a usted muy antipática Florencia?
(En este momento aparece FLORENCIA en lo alto de la escalera y señalando a la ventana da a entender a Michigan que llega Wilson. Se le ve pasar por delante de la ventana. Michigan se da por enterado y se coloca cerca de Adelaida hablándola desde detrás por encima del hombro y como confidencialmente.)
- Adel.** (Sorprendida por la réplica de Michigan le contesta algo confusa.) No quise decir... Verá usted... Es que .. Yo... Ella..
- Mich.** Amiga Adelaida, demasiado comprendo que es usted una criatura bondadosísima... Una mujer inteligente, adorable... Y lo que es más todavía, una mujer de corazón. (Entra WILSON y ve a Michigan inclinado hacia Adelaida.) Y si yo puedo corresponderle a usted algún día .. tenga usted la seguridad...
- Wils.** (Asperamente.) ¡Adelaida!
(Michigan súbitamente se separa quedándose en actitud respetuosa.)
- Adel.** ¡Ay! (Poniéndose rápidamente de pie y mirando a Wilson.) ¡Alfredo! ¡Qué susto me has dado!
- Wils.** (En el centro, mirando a uno y a otro sarcásticamente.) ¿De veras?
- Adel.** ¡Sí! Estoy muy nerviosa estos días.. ¡Muy nerviosa!
- Wils.** (Agriamente.) Pues tita, mucha tita.
- Adel.** (Yendo a la escalera. Florencia se retira rápidamente.) Si cuando llegas a esta casa has de ponerte tan feroz y tan brutal, ¡mejor sería que no vinieras nunca! (Vase por la escalera)
(Wilson se dirige airado a Michigan.)
- Mich.** (Deferente y respetuoso.) Perdóneme el señor... ¿Le quito al señor el abrigo?
- Wils.** No. (Agresivo. Quitándose el abrigo y arrojándolo sobre una silla.) ¡Me sobro yo para quitármelo!
(Tira violentamente el sombrero sobre la mesa y va a coger el sifón y la botella de whisky.)
- Mich.** No se moleste el señor...
- Wils.** ¡Estese usted quieto!
- Mich.** (Retrocediendo.) ¡Como el señor mande! Dispense el señor (Wilson se sirve, bebe de un trago y deja el vaso sobre la mesa de golpe. Se sienta a la izquierda. Michigan sigue todos sus movimientos sin dejar de sonreír.) ¿No desea el señor ponerse las babuchas?
- Wils.** ¡Sí! Démelas usted... pronto. . y ¡váyase usted!

- Mich.** Sí, señor... ¡En seguida! (Mientras Michigan coge las zapatillas Wilson se desabotona las botas. Michigan se agacha, le quita una de las botas, luego la otra, le alisa los calcetines, Wilson retira nerviosamente el pie.) Usted dispense... ¿Le he hecho a usted cosquillas?
- Wils.** ¡Mucho cuidado! ¡Mucho cuidadito conmigo! ¡Ya me entiende usted! (Se calza él mismo las babuchas.)
- Mich.** No sé a lo que se refiere el señor.. Si falté en algo habrá sido involuntariamente.
- Wils.** (Sin poderse contener.) ¡Me refiero a todo! ¡Lo primero a ese aire de satisfacción insoportable! Desde que se emborrachó usted el otro día, me obsequia usted a toda hora con una sonrisita que incita al puñetazo. (Pausa.) ¿Quiere usted explicarme el por qué de esa sonrisa idiota?
- Mich.** Sonríó porque soy feliz. Y soy feliz porque estoy empezando a realizar mis aspiraciones.
- Wils.** (Agresivo y receloso.) ¿Qué aspiraciones son esas?
- Mich.** Servir irreprochablemente... al señor Wilson. (Se miran cara a cara.)
- Wils.** ¡Quítese usted de mi vista!
- Mich.** Sí, señor... A las órdenes del señor... (Pone las botas sobre la palma de la mano y vase rígido hacia la izquierda.)
- Wils.** Oiga usted. (Michigan se para y se vuelve.) Dígale usted a la señora que quiero hablarla inmediatamente. Que venga en seguida
- Mich.** Sí, señorito. ¡Como el señor mande! (Va hacia la escalera.)
- Wils.** (Atajándole.) ¡No! Yo mismo se lo diré. (Pausa.) Y fíjese el siervo; como le vuelva a encontrar a usted mariposeando a su alrededor... ¡le ensarto a usted como una mariposa! ¿Se percata usted?
- Mich.** Sí, señor; me percato. (Volviéndose y dirigiéndose a la izquierda.) ¡Me percato de que he de estar cada vez más insinuante! (Vase por la izquierda.)
(Wilson, furioso, le mira salir. Hace que se va por la escalera, vacila y luego se dirige al teléfono. Llama brutalmente.)
- Wils.** ¡Central! ¡Central! ¡Central!... Con el 61-70... ¡Pronto! ¡O me quejo el inspector! (Deja el au-

ricular. Va a servirse otra vez un poco de whisky y seltz. Suena el timbre y vuelve al teléfono.) Pero, ¡Central!... Ah, ¿eres Tom?... Aquí, Aleck. Sí, te he llamado. Quiero que vengas ahora mismo. ¡No, no puedo esperar! (Pausa.) Naturalmente. ¡Importantísimo! ¿Qué? (Viendo a MICHIGAN que entra.) No puedo decirte o por teléfono. ¡Hay espías! (Con brutalidad.) ¡Como siempre! Que vengas, hombre, que vengas. Hasta luego. (Deja el auricular. Se sienta.)

Mich. ¿Le sirvo al señor un poco de whisky? Es muy estimulante.

Wils. ¡Métase usted... en lo que le importe!

Mich. Sí, señor... Si me atreví fué en interés de la salud del señor... ¡El señor trabaja demasiado... (Le alarga el vaso.)

Wils. (Quitándole el vaso.) ¡Demasiado, sí! Trabajo como un perro... como un burro, como un buey...

Mich. ¡Ya! ¡El señor quiere decir como un animal!

Wils. ¡Eso! ¡Como un criado! Y tú, aquí, mientras, haraganeando todo el día... ¡como un señor, como un rey! ¡Eso no es justo!

Mich. No, señor, no lo es... ¡Yo que usted no lo aguantaba!... (Wilson le mira, vuelve la cara y apoya la cabeza en las manos.) ¡Me da lástima verle a usted así! (Sacando el pulverizador y echándole un poco de esencia en la espalda.) Sobre todo teniendo en cuenta que la mitad de esa labor empleada por usted en el negocio de las píldoras se lo llevará el diablo... es decir, ¡yo! (Guardando el pulverizador. Pausa.) Si no lo tomase usted a mal, yo me permitiría hacerle a usted una indicación... ¿Por qué no descansa usted unos días? ¡Un viajecito de un par de semanas... le sentaría a usted admirablemente!

Wils. (Poniéndose de pie de un brinco.) ¿Cómo?...

Mich. Claro. El señor se distraería... lo pasaría muy bien...

Wils. ¡Imbécil! (Wilson sale dando un portazo.)

(Michigan le hace muecas. Saca el velo de Florencia, lo perfuma con el pulverizador y lo pone en el bolsillo del gabán de Wilson, volviendo a dejar este sobre una silla. Después coge un pliego de papel de cartas de Adelaida, lo dobla, se sienta junto a la chimenea y aparenta leer algo muy interesante, mirando de cuando en cuando a la puerta del despacho. Cuando sale WILSON, Michi-

gau se hace sorprendér, besando la supuesta carta. Michigan se vuelve, ve a Wilson, da un brinco y se guarda el papel precipitadamente.)

Wils. ¡Eh!... ¿Qué está usted haciendo? (Por el despacho. Michigan finge no haber oído.) ¿No oye usted que le llamo?... ¿Qué lee usted?

Mich. ¡Una carta íntima! Nuestro contrato no le autoriza a usted a mezclarse en mis asuntos... domésticos. (Rompe el papel y lo arroja al fuego.)

Wils. (Furioso.) No; pero... (Abalanzándose a él.)

Mich. ¡Repórtese el señor! (Wilson se contiene.) ¡Y no olvide que nuestro contrato pudiera anularse por malos tratos!... ¿Se percata el señor?

Wils. Y usted, ¿no se percató todavía de que tengo ansia, cueste lo que cueste, de romperle la cabeza?... (Yendo hacia Michigan en actitud violenta. Aparece ADELAIDA por la escalera.)

Adel. ¡Alfredo! (Wilson se vuelve maquinalmente. Adelaida desciende.) ¿Por qué os miráis así? ¿Qué os sucede?

Mich. (Flemáticamente.) Créame usted, Adelaida, no tiene él culpa ninguna... ¡Son los nervios! El exceso de trabajo... Es que trabaja mucho en nuestra oficina.

Adel. Es verdad. (Volviéndose.) ¿Por qué estás tanto tiempo en el despacho?

Wils. (Hablando con vehemencia.) ¡Voy a decírtelo! ¡Porque he de hacer yo solo el trabajo de los dos! ¡Porque llevo el negocio entero sobre mis espaldas! ¡Mientras este gandul, haragán de profesión, sonrío satisfecho y hace monerías con el plumerito! ¡Me pondré enfermo! ¡Me moriré!

Adel. ¡No tienes razón en quejarte! Tú le obligaste a que fuera tu criado.. ¡Tú le regalaste el plumero!

Wils. ¡Defiéndele! ¡Como siempre!

Adel. ¡Porque lo merece el infeliz! ¿No hace todo lo que puede por darte gusto?

Wils. (Desesperado.) ¡Por darme gusto! ¡Y por gustarte a ti! Vamos a ver: ¿Qué tenías tú que escribirle a ese granuja?

Adel. ¿Qué granuja?

Wils. (Con sarcasmo y remedándola.) ¿Qué granuja?.. ¡A Guillermo! ¡A Guillermo! ¡A Michigan! ¡A ese granuja me refiero, y tú bien lo sabes!

- Adel.** Tú no sabes lo que te dices. Estás nervioso. ¿Para qué iba yo a escribir a Guillermo si a cada instante hablo con él todo lo que se me antoja?
- Wils.** (Sorpresa un instante. Más furioso después.) ¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que se te antoja hablar con él a cada instante? (Ella le mira asombrada.) ¡Contéstame, mujer casquivana, contéstame!
- Adel.** ¡Alfredo de mi vida! ¡Tú no estás bueno... Si no me dirías eso... Escúchame... tranquilízate... Mira, necesitas reposo, distracción... ¿Por qué no te vas a hacer un viajecito... de quince o veinte días?
- Wils.** ¡Tú también! Eso es lo que estáis deseando. Quitarme a mí de en medio... ¿Será posible? (Cogiéndola por los brazos.) Adelaida, ven aquí... Mirame frente a frente y contéstame si puedes.
- Adel.** (Husmeando.) ¡Alfredo! (Husmeando muy cerca de los hombros de Wilson.) ¡¡Alfredo!!
- Wils.** (Con acritud.) ¿Qué haces?
- Adel.** ¿A qué huele esta manga?
- Wils.** (Volviendo la cabeza para oler.) ¿Cómo?... ¿La manga?... ¡Pues es verdad! ¡Huele a colonia! ¿Dónde habré estado yo?
- Adel.** (Terrible.) ¡Eso es lo que yo deseo saber! ¿Dónde?
- Wils.** (A la defensiva.) Eso decía yo... ¡Es raro! De pronto, hace poco, me pareció notar un perfume persistente...
- Adel.** ¡Ya lo creo! ¡Como que apesta!... Pronto, caballero, ¿dónde ha estado usted?
- Wils.** Verás... deja que recuerde...
- Adel.** ¡Ya te estás inventando una mentira!
- Wils.** ¡Adelaida! (Con reproche.) Si dudas de que estoy trabajando, ahí tienes el teléfono. ¿Por qué no me llamas de cuando en cuando?
- Adel.** Hoy te he llamado dos veces... (Sarcásticamente.) Y la Central dice siempre lo mismo: «¡No contestan!»
- Wils.** (Alarmado.) ¡Ah, sí!... ¿Es posible?... ¡Claro! No recordaba que hoy tuvimos el teléfono todo el día descompuesto. (Adelaida sonríe incrédulamente.) Ah, ¿no me crees?... Bueno, pues sí, piensa lo que quieras... ¡Que hoy no he parecido por el despacho! ¡Que no parezco por allí hace quince días!

- Adel.** ¡Al fin confiesas!... ¡Muy bien! Yo sé lo que tengo que hacer. (Vase al teléfono y llama.)
- Wils.** ¿Qué?
- Adel.** Llamar a mi abogado. ¡El señor Palmers-ton! (Al teléfono.) ¡Central!
- Wils.** Puedes ahorrarte ese trabajo. Porque va a venir dentro de cinco minutos.
- Adel.** (Dejando el auricular sobre la mesa.) ¡Lo celebro! ¡Le esperaré! Y sepa usted, señor mío, que estamos en el principio del fin... ¡Todo acabó entre nosotros! ¡Ab-so-lu ta-men-te todo! (Dejándose caer sobre una silla.)
- Wils.** Adelaida, Adelaidita... ¡Ten juicio, por Dios! Angel mío... (Suena el timbre del teléfono. Wilson pasa, coge el auricular y habla destempladamente.) ¡Oiga!... ¡No! ¡No he llamado! ¡Que nooo!
- Adel.** (Buscando en bolsillos y mangas de su vestido el pañuelo.) ¡Mi pañuelo! ¿Dónde está mi pañue-lo? ¡Lo he perdido!
- Wils.** No importa; toma el mío, corazón... (Lo busca nerviosamente en la americana, y al ver un objeto blanco asomando en uno de los bolsillos del gabán, se precipita a cogerlo.) ¡Aquí está! (Saca el velo de Florencia y lo mira estupefacto y luego trata de escondérselo en el bolsillo de la americana.)
- Adel.** (Rápidamente levantándose.) ¿Qué es eso? (Arrebatándoselo.) ¡Aaaaah! ¡Un velo!
- Wils.** ¿Un velo? El velo... ¿de quién?
- Adel.** (Poniéndoselo debajo de la nariz.) ¡Huele! ¡Huele el velo, huélelo!
- (Wilson retrocede un poco comparando el olor que despide el velo y la americana. Adelaida le arrebató el velo y lo arroja al suelo y lo pisotea furiosamente. Después se deja caer sobre una silla riendo y sollozando presa de un ataque de nervios.)
- Wils.** ¡Adelaida! ¡Adelaida! ¡Por los clavos de Cristo! ¡No, no! (Ella sigue, él da vueltas a su alrededor asustado; suena el timbre del teléfono. Wilson no sabe qué hacer, si acudir primero a su mujer o al teléfono.) ¡Cariño!... ¡Habla, preciosa!... ¡Mírame! ¿No quieres abrir los ojos?... (Adelaida sigue; el teléfono, alternativamente, también; Wilson, arrodillado ante Adelaida, se vuelve al teléfono amenazador con los puños en alto.) ¡Eso! ¡Chilla más! ¡Duro, duro!
- Adel.** (Llora amargamente.) ¡Encima me estás escarneciendooo!... ¡Me insultas, me amenazas!...
- Wils.** ¡No te insulto a ti! Es al teléfono...

- Adel.** ¡Insultas al pobre teléfono, que no tiene la culpa!... (Ríe y llora. El teléfono suena. El timbre de la puerta también.)
- Wils.** ¡Dios mío! ¡No puedo más! ¡Un terremoto... un incendio!... ¡Que lo pido con mucha necesidad! (Adelaida vocifera estentóreamente. Michigan sale por la izquierda y se encamina a abrir la puerta de la casa.) ¡Adelaida, te lo juro! .. ¡No sé una palabra del dichoso perfume! ¡Ni una palabra! (Ella patalea. El le tapa las piernas.) ¡Eso, no; eso, no!... ¡Ahora la pataleta!
- Mich.** (Abriendo la puerta de la derecha y anunciando a PALMERSTON con una reverencia.) ¡El señor Palmerston!
- Adel.** (Levantándose y hablando en tono natural.) ¿Quién ha dicho que es?
- Wils.** ¡Es Tom! ¡Nuestro buen amigo Tom, amor mío!
- (Adelaida reanuda su pantomima furiosamente.)
- Tomás** (Alarmado.) ¿Qué le sucede? ¿Está enferma?
- Mich.** Debe haberle sentado mal el almuerzo.
- Wils.** (A Michigan.) ¡Largo de aquí!
- Mich.** Sí, señor, Dispense el señor. (vase muy risueño.)
- Tomás** Pero, ¿qué le pasa?
- Wils.** (Siempre arrodillado patéticamente.) ¡El caos! ¡Crisis nerviosa de gran espectáculo! Y yo que aún tengo que vestirme para la cena. (Levantándose.) Nos la llevaremos de aquí. Ayúdame, ¿quieres? Sostenla tú por arriba... por la cabeza... No te pesará mucho... Es la parte más ligera de su cuerpo.
- Adel.** ¡Quiero divorciarmeeee! ¡Quiero ahora mismo el divorcio! ¡El divorcio con alimentos! (Tomás la sostiene por la cabeza, Wilson por las piernas, que ella agita nerviosamente. EUFEMIA sale por la izquierda y presencia la escena consternada.)
- Euf.** ¡Santísimo Dios!... ¡Santísimol... ¡Santísimol
- Wils.** Eufemia, ¿quiere usted cerrar esa boca y abrir esa puerta? (Señalando la del despacho. Eufemia obedece presurosa. Entran a Adelaida que continúa escandalizando y pataleando. Cierran la puerta. Eufemia se dirige hacia el centro con las manos en la cabeza. MICHIGAN sale por la izquierda y se sienta en una silla riendo estrepitosamente. FLORENCIA aparece por la escalera escurriéndose gozosa. Sale Wilson del despacho. Se oyen los gritos de Adelaida. Se aparta hasta que se vuelve a cerrar la puerta.) ¡Eufemia, avise usted por teléfono al doctor!

- Euf.** Sí, señor. ¿Qué número?
Wils. El 80-40. Dese prisa. (Se vuelve rápidamente al despacho. Cierra la puerta tras sí con violencia. Mientras la puerta ha permanecido abierta, se oyen otra vez los gritos de Adelaida)
- Euf.** Sí, señor, señorito. (Se encamina hacia el teléfono, ve a Michigan y va hacia él amorosa. Michigan, con cara de espanto, echa a correr. Ella le sigue hasta la puerta que el cierra de golpe. Entonces Eufemia va al teléfono.) ¡Central!... El 80-40... ¿Está usted ahí? ¿Que sí?
- Wils.** (Entrando por la puerta del despacho. Frenético.) ¡Traiga usted acá! Y vaya usted al lado de la señora por si quiere algo.
- Euf** Perdone el señorito.
(Coge el auricular Wilson. TOMAS sale del despacho cerrando la puerta cuidadosamente para apagar la chillería de Adelaida. Eufemia vase al despacho.)
- Tomás** Sepamos... ¿qué ventolera es esá del divorcio?...
- Wils.** (Dejando el auricular.) Porque ha notado aquí sobre los hombros no sé qué perfume pecaminoso. Y el caso es que sí huele, y te juro que no sé a qué se debe semejante rareza... ¡Pero ya no hay quien la convenza de que no se trata de una mujer. (Acercándosele.) Huele y verás.
- Tomás** (Oliendo la manga y hombreras de Wilson.) ¡Esencia de violeta baratal (Dejándose caer sobre una silla y riendo muy a gusto.) ¡No me digas más!
- Wils.** ¿Qué supones?... ¿Tú también?... ¡Pues te equivocas! (Olfateando la americana.) No, la verdad es que parezco un pebetero. ¡Sí, échalo a risa! (Volviendo la espalda, luego dirigiéndose a él otra vez) Mira, Tom... ¡Te doy mi palabra de honor! ¿Comprendes?...
- Tomás** ¡Comprendo... vaya si comprendo! Eres un conquistadorcillo, ¿eh?
- Wils.** ¿No me crees? ¿No? ¡Pues no sé cómo decirte para que me entiendas y me creas!... Pero a ver si entiendes esto. ¡Quiero rescindir el contrato!
- Tomás** ¡Cómo! ¿No te parecería magnífico?
- Wils.** Sí; a primera vista .. ¡pero puesto en práctica me resulta detestable! Obligarme a sufrir a ese hombre, a tenerle delante a toda hora durante un año. ¡Como un espía, como un centinela, comol...

- Tomás** ¡Tú lo quisiste! ¿No anhelabas tenerle de criado para poder desarrollar libremente el negocio?... ¿Y no has logrado doblar el negocio dirigiéndole con toda libertad?
- Wils.** ¡Sí, buen desarrollo nos dé Dios! ¡Vamos cuesta abajo! ¡Un hombre sólo no puede atender a todo!
- Tomás** ¡Ah, vamos! Tú lo que quieres es que él vuelva al despacho.
- Wils.** ¡Lo que quiero es que se vaya de aquí!
- Tomás** ¿Con qué pretexto?
- Wils.** Con un motivo perfectamente legal. (Serio.) Se entiende con Adelaida. ¡Me la pegan!
- Tomás** ¡Alfredo! ¡Que Guillermo y Adelaida!... (Interrumpiéndose y hablándole indignado.) Bueno, que te vea un alienista. ¡Y si no, mejor será un veterinario! (Le vuelve la espalda.)
- Wils.** ¡Como te lo digo! Lleva una semana paseándose a su alrededor. Ha entrado aquí como en terreno conquistado. Se me bebe el whisky, se me fuma el tabaco... Y luego ¡siempre juntos los dos! Cuantas veces vuelvo inopinadamente los sorprendo amartelados y ponen caras de criminales cogidos in fraganti, sobre todo él... Amigo Tom, aquí de hombre a hombre...
- (Calla al ver entrar a MICHIGAN por la escalera.)
- Mich.** Dispéñseme el señor. ¿Deseaba el señor ponerse el pijama azul claro o el rojo oscuro?
- Wils.** ¡Que se quite usted de mi vista, es lo que deseo!
- Mich.** Sí, señor, perdóneme el señor (Vase.)
- Wils.** (A Tomás.) ¿Lo ves? ¿Pero no ves esto? ¿Puedo tolerar yo que me mire con esa sonrisita insolente?
- Tomás** Si me miraba a mí. ¡Y con la impecable gravedad de un perfecto ayuda de cámara británico!
- Wils.** Bueno... ¡Líbrame de él o todo esto acaba en tragedia.
- Tomás** (Pensativo,) No tienes razón... pero... espera... ¡verás! ¡Sí, es una idea!
- Wils.** A ver.
- Tomás** Llamar a Michigan y proponerle la rescisión del contrato... con tu consentimiento magnánimo y desinteresado. ¿Qué te parece?
- Wils.** ¡Admirable! Ahora mismo .. ¡Digo! (Yendo a tocar el timbre eléctrico.) Pero no le digas que

yo lo estoy deseando y mucho menos que el negocio anda de cabeza... ¡No lo vayamos a estropear!

Tomás ¡Descuida! ¡Déjame hablar! Se la daremos con queso.

Mich. (Entrando por la izquierda.) ¿Llamaba el señor?
Wils. Sí, llamaba el señor. ¿Quién quería usted que llamase, los ángeles del cielo?

Mich. (Bondadoso.) No, señor, palabra. Desde que era chico no me he vuelto a acordar de que hay ángeles y serafines.

Wils. ¡Silencio!

Tomás (Situándose entre los dos.) ¡Silencio! (Wilson se sienta a la derecha.) Oye, Guillermo. Alfredo y yo hemos hablado largamente y hemos llegado a la conclusión de que el contrato que os liga es... algo... algo oneroso para ti.

Mich. ¿De veras, señor?

Tomás Y por eso, y accediendo a mis reiteradas indicaciones... Alfredo consiente en dejarte en libertad...

Mich. (Continuando.) ¿Un día a la semana?

Tomás ¡No, no! Todos los días, de todas las semanas, de todos los meses. En una palabra, que mediante ciertas condiciones, está dispuesto a rescindir el contrato.

Mich. (Respetuosamente asombrado.) ¡Rescindir el contrato! (Con un movimiento negativo de la mano.) ¡Señor Palmerston!...

Tomás ¡Bueno, mira! Conmigo no tienes que adoptar ese tono respetuoso y servicial.

Mich. (En tono natural.) ¿Pero por qué voy a rescindir el contrato envidiable, nada oneroso, sino altamente beneficioso para mí? (Pausa. sonrisa) Yo me hallo aquí como el pez en el agua, como en un sanatorio del cuerpo y del espíritu... whisky a discreción... cigarros habanos en abundancia... y... algo más también, que no debo decir. (Sonriendo.)

Wils. (Levantándose agresivo.) ¿Qué más?

Mich. (Juntando con las yemas los dedos de ambas manos, meliflúo y con los ojos en blanco.) Un amo y señor cariñoso, indulgente y bueno, a quien servir... que es lo que constituyó siempre mi bello ideal.

(Saluda y dispónese a retirarse por la izquierda. Wilson va hacia él amenazándole con los puños en alto. Tomás le contiene.)

- Wils. ¡Déjame! ¡Si no le rompo una pata re-
viento!
- Tomás No te enfurezcas. Yo lo arreglaré. (A Michi-
gan que está en la puerta.) Guillermo, piénsalo
bien.
- Mich. ¡Pensado está! ¿Rescindir el contrato? De
ninguna manera... ¡Prorrogarlo sería mi gus-
to! (Vase por la izquierda.)
- Wils. (Indignadísimo.) ¿Lo estás viendo? ¿Hay quien
lo sufra, dime, lo podrías tú resistir?
- Tomás No, pobre amigo... forzoso es confesarlo. ¡No
hay cuerpo que lo resista!
(Sale EUFEMIA del despacho. Cierra tras sí la
puerta.)
- Euf. Señorito... se pone muy mala. Rechina los
dientes y estira los brazos y las piernas así.
(Remeda dichos movimientos.) Los ojos se la sal-
tan de los *bujeros*.
- Tomás ¿Será un ataque?
- Wils. (Irónicamente.) ¡Un ensayo general con todo!
¡Una pantomima para obtener el divorcio y
que pague las resultas! Entra, entra y toma
nota.
(Vanse. Entra GUILLERMO por la izquierda silbando
alegremente y trayendo un bucarito con agua en la
mano y un manojo de flores en la otra.)
- Flor. (Descendiendo por la escalera. Riendo.) ¿Esas flores
son para Adelaida?
- Mich. Para Adelaida... y para que rabie su marido
al ver que me preocupo de su mujer.
- Flor. Pues deja de preocuparte un poco de ella...
y ocúpate otro poco de mí.
- Mich. (Dejando el búcaro sobre la mesa y dirigiéndose a Flo-
rencia ávidamente) ¡Rica!
- Flor. (Empujándole.) Pero con formalidad. Guiller-
mo, Alfredo quiere dejarte libre.
- Mich. No puede, con arreglo al contrato los dere-
chos son renunciables, pero las obligaciones
no. Le hemos pulverizado..., pero no basta.
Hay que insistir hasta que se entregue...
hecho polvo.
- Flor. Sí, sí. ¿Tienes ahí el instrumento de tortura?
(Michigan saca el pulverizador del bolsillo y se lo da.
Florencia se sienta a la izquierda pensativa.) ¡Ay,
Dios mío de mi alma, lo que me está ocu-
rriendo!... (Vuelve la cabeza y se pulveriza el cabe-
llo copiosamente.)
- Mich. ¡Florencia! Pero, ¿qué estás haciendo?

- Flor.** Convertirme en la misteriosa pareja de Alfredo. (Dejando el pulverizador sobre la mesa.) Y si esto no da el resultado apetecido, yo sé otro recurso que sí lo dará.
- Mich.** ¿Qué recurso?
- Flor.** ¡Uno infalible!
- Mich.** ¡Dímelo!
- Flor.** Te lo diré si te portas bien. De ti depende.
- Mich.** Haré lo que sea preciso.
- Flor.** ¡Mira bien a lo que te comprometes!
- Mich.** Ya lo he mirado. Estoy dispuesto a obedecerte ciegamente en todo.
- Flor.** ¿Aunque te cueste quedarte sin un cuarto?
- Mich.** ¡Aunque me cueste seguirle sirviendo de ayuda de cámara toda la vida!
- Flor.** ¡Júralo!
- Mich.** ¡Lo juro!
- Flor.** ¿Por tu honor de caballero?
- Mich.** ¡Por mi honor... de ayuda de cámara!
- Flor.** Pues óyeme. (Le dice unas palabras al oído.)
- Mich.** (Jubiloso.) ¡Eh!... ¿De veras?
- Flor.** Sí.
- Mich.** ¿Estás segura, muy segura?...
- Flor.** ¡Completamente!
- Mich.** ¡Florencia!... (Asiéndola por los brazos. Ella protesta.) Lo que es ahora no te me escapas.
- Flor.** No, no... ¡Suelta! (Mirando a su alrededor.) ¡Que pueden vernos!
- Mich.** ¡Que nos vean! ¡Quiero darte un beso... ¡Te lo mereces! (Atrayéndola hacia sí. Florencia súbitamente logra desasirse, le echa a él las manos al cuello y él a ella y de este modo asidos, echando atrás cuerpo y eabeza, dan dos o tres vueltas alegremente. WILSON sale por la puerta del despacho. Sorpresa.)
- Wils.** (Autoritariamente.) ¡Michigan! (Michigan y Florencia se separan. Wilson les mira alternativamente con indignación: Inego saca el carnet.) ¿Qué escándalo es este?
- Mich.** ¿No lo ves? ¡Que estamos de muy buen humor! ¡Apunta, apunta!... Es pólvora sola. (Dándole un beso a Florencia.) ¡Toma! (A Wilson.) ¡Me da la gana! ¡Apunta, apunta! (vase riendo.)
- Flor.** Buenas noches, Alfredo... ¿Cómo sigue usted? ¿Le choca a usted verme?... (Acercandose a Wilson.)
- Wils.** Me extraña que se tome usted la libertad de mezclarse en este asunto... Sobre todo en

mi propia casa... No tiene usted derecho a prestarle auxilio...

Flor. Y si se lo prestase... ¿qué iba usted a hacer conmigo?

Wils. ¿Quiere usted saberlo? (Acercándose a ella.) Se lo voy a decir a usted ahora mismo... Pues... (Se para en seco. Olfatea y retrocede.)

Flor. ¿Por qué no me lo dice usted? (El la mira recelosamente y se olfatea el hombro.) ¡Parece usted un perro perdiguero!

Wils. No, no es nada... sabe usted... Adelaida... (Nerviosamente.)

Flor. (Cándidamente.) ¡Ah, sí! Ya me dijo Guillermo que está ahí en el despacho... Voy a verla... (Yendo.)

Wils. (Atajándola.) ¡No... no! Ahora no... Dentro de un rato... La pobre no está del todo bien... Un poco enferma... bastante enferma... muy enferma... No podrá acompañarnos a cenar.

Flor. (Cordial.) ¡Pobre amiga! ¡Cuánto lo siento!... ¿Y en qué consiste su indisposición?

Wils. Pues... los... en... ¡los nervios!

Flor. Los nervios, ¿eh?

Wils. ¡Eh! (Acercándosele.) ¿Usted sabe algo?

Flor. Vamos a ver, Alfredo. ¿Qué daría usted por verse de golpe libre de todas estas tribulaciones?

Wils. ¿De todas... incluso de Guillermo?

Flor. ¡Incluso de Guillermo! Suponga usted que se lo quito a usted de aquí, donde no hace más que estorbar, y se lo pongo en el despacho, donde no me negará usted que le hace a usted falta.

Wils. En lo que acierta usted desde luego es en que aquí me estorba...

Flor. Bueno, ¿qué daría usted?

Wils. (Solemnemente.) ¡Mil dollars! (Pausa.) Ponga usted mil quinientos... (Pausa.) Dos mil en números redondos!

Flor. ¡A las tres! Adjudicado el lote. Yo le libraré a usted de todo. Acepto la cifra de los dos mil dollars, pero en forma de un regalo de boda. (Cogiendo el pulverizador que dejó antes sobre la mesa.) Y si no sabe usted que comprarme, aquí tiene usted algo que pueda servirle de modelo... (Le pulveriza la cara, ríe y se va bulliciosamente por la puerta del despacho. Wilson permanece

un instante perplejo, olfateando. Por fin comprende y se levanta, cerrando los puños indignado.

Wils. ¡Guillermo! ¡Ha sido Guillermo! ¡Una jugarreta de ese sapo venenoso! (Entra por la puerta del despacho.) ¡Le ahogo! Una aña-gaza de ese mal bicho, de esa víbora maldita, de ese tití sinvergüenza.

Tomás Escúchame... ¿Tienes noticia de que existe un leve parecido entre el perfume que usa Florencia y el que despide tu americana?

Wils. ¡Sí tengo! Y sé además que todo ello es obra de ese hombre despreciable. ¡Lo espachurro contra la pared!

Tomás ¿Pero a quién?

Wils. ¡A mi entrañable consocio! Lo que es esta vez ha caído de lleno dentro del contrato. Le demandaré por daños y perjuicios... ¡Sin perjuicio de una pateadura previa y encarnizada!

Tomás ¡Cálmate! ¡No lo harás! Porque yo, como árbitro y amigable componedor, voy a zanjar este asunto.

Wils. ¡Amigable componedor! Tú eres un zascandil que nos has metido a todos en un infierno...

(ADELAIDA entra por la puerta del despacho en actitud furiosa y seguida de FLORENCIA.)

Adel. ¿Dónde está? ¿Dónde? (Wilson al verla trata de escurrir el bulto, yéndose por la escalera.) ¡Alfredo! ¡Dulce esposo mío! No huyas... ¡Es a Guillermo a quien busco! (Wilson se queda gratamente sorprendido.) ¡Se ha burlado de los dos! De ti y de mí... ¿Por dónde anda ese atrevido insolente? (Pasa a la izquierda.)

Wils. ¡Eso es otra cosa!... Sí, un insolente atrevido y una sabandija despreciable.

Adel. (A la puerta.) ¡Guillermo, Guillermo! ¡Venga usted aquí inmediatamente!

Tomás (Pasando a la izquierda y tratando de calmarla al verla tan irritada.) Adelaida, por Dios, cálmese usted...

Adel. Señor Palmerston, ¿quiere usted irse al diablo? ¡Usted, usted es quien tiene la culpa de todos estos disgustos!

Tomás ¿Yo?

Adel. Usted. Porque Alfredo y Guillermo vivían en paz y buena armonía.

Tomás ¡No tiene usted razón, Adelaida! ¡Si hacía dos años que se peleaban a todas horas! Florencia lo sabe demasiado. Y si no, que lo diga ella. ¿Soy yo el responsable?

Flor. ¡Sí!

Adel. (Mientras retrocede Tom.) ¿Usted lo ve? ¡Ya lo sabía yo!

(Wilson, Adelaida y Florencia señalan implacablemente con el dedo al acusado y le persiguen, mientras él retrocede. Griterío y confusión.)

Todos ¡Usted, usted!

Tomás Les juro a ustedes que no fué mía la culpa... ¡Sólo quise darles una lección que los dos necesitaban!

Flor. Usted lo que quiso es que yo me pelease con Guillermo, para ver si por despecho le hacía a usted caso.

Wils. Y a mí me indispusiste con Michigan, mi consocio admirable, un hombre trabajador, pródigo en iniciativas, entre ellas la del estupendo barniz ultra-violeta.

Adel. ¡Es usted un monstruo de maldad! Sembrar el odio entre dos amigos, la desconfianza en un matrimonio, el recelo entre dos enamorados! ¡Pobre marido mío! ¡Pobre Florencia! ¡Pobrecito Guillermo!

Los tres ¡Pobres de nosotros!

Tomás ¿Todos contra mí? ¿Quieren ustedes hacerme el favor de callar? ¡Me está bien emplead! ¡Sería ia primera vez que no se crucificase a quien se mete a Redentor!

Wils. (Michigan aparece por la escalera sin delantal, con abrigo y con sombrero en la mano.) ¡Guillermo!

(Todos exhalan exclamaciones de sorpresa. Wilson se dirige a Tom) ¡Tom, ya lo estás viendo! Abandona su destino... Es un caso preciso de incumplimiento del contrato.

Mich., (Descendiendo,) ¡No! ¡Precisamente tenemos que hablar del contrato!

Wils. Lo mismo digo. Tenemos que hablar del contrato.

Mich. (A la vez.) Según se estatuye en el contrato...

Wils. (Interponiéndose.) Punto en boca, señores... ¡No hay tal contrato!

(Michigan y Wilson la miran y una invencible expresión de alegría empieza a pintarse en sus caras.)

Mich. ¿Cómo?...

- Wils.** ¿Qué dice usted?
Flor. ¡Que no hay ni hubo nunca tal contrato!
Tomás ¿Por qué no?
Flor. Muy sencillo. Porque era un contrato ilegal.
Todos ¡Era ilegal! ¡Era ilegal!
Tomás (A Florencia. Muy rápido.) ¿Y por qué es ilegal ese contrato?
Flor. Porque está basado en un juego de envite y los juegos de envite están prohibidos y penados por la ley. (Breve pausa.)
(Todos se miran.)
Wils. ¿De veras?
Mich. ¿Será posible?
Adel ¡Alfredo!...
Tomás (Riendo.) Florencia.. ya lo sabía yo... ¿Pero cómo pudo usted averiguarlo?
Flor. Consulté con un abogado... ¡Con uno de verdad! ¿Usted me entiende? (Tom se vuelve hacia la izquierda. Florencia se dirige a Wilson y Michigan.) Amigos míos. Con vuestras locuras habéis convertido un negocio real y positivo en.. un juguete cómico. Pero si aún os queda un adarme de sensatez, podéis convertir el juguete en éxito real y positivo.
Mich. ¿Cómo?
Wils. ¿Cómo?
Flor. Poniéndoos de acuerdo acerca de si su mérito principal está en lo interno o en lo externo.
Wils. (Sonriendo.) Está parcialmente en lo externo...
Mich. (Amable.) Y parcialmente en lo interno...
Flor. ¡Pues no señores!
Los dos ¿Que no?
Flor. Está... ¡en la combinación!
Mich. ¡Florencia de mi alma! Tú tienes talento... Oye, Aleck, ¿y qué es lo que yo te he dicho siempre de nuestro amigo Palmerston?
Wils. ¿Qué?
Mich. ¡Que es un trapisondista! ¡Un picapleitos!
Wils. ¡Es verdad! Señor Palmerston, no vuelva usted a acordarse de que en Nueva York existe la razón social Wilson-Michigan.
(Mutis Tom.)
Flor. ¡Y ahora daros la mano!
(Se dan la mano Wilson y Michigan. Al fin se abrazan.)

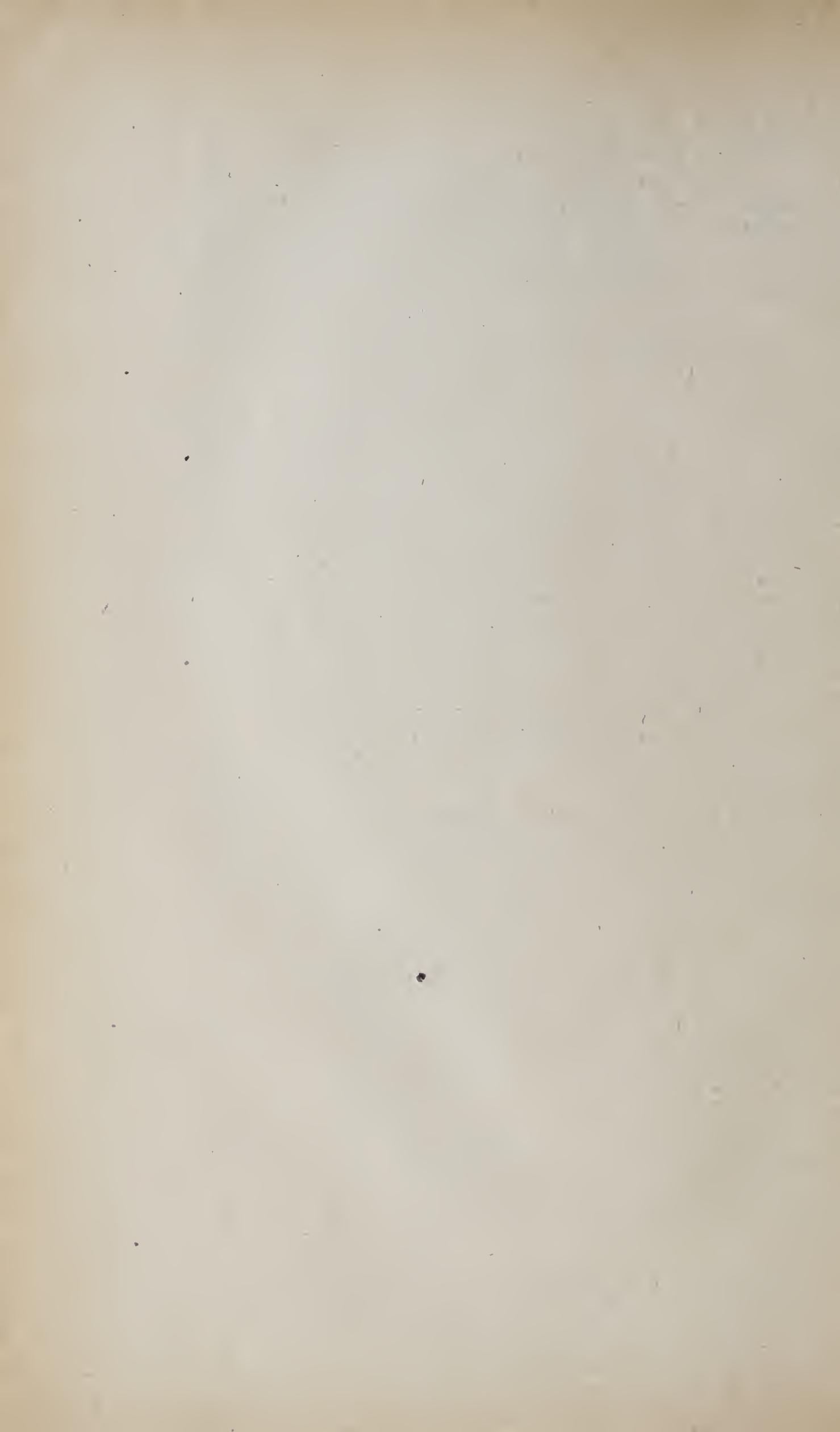
Mich. Oyeme, Alfredo... Dime de verdad, de verdad... ¿Es cierto que cambiaste el color a las píldoras?

Wils. ¡Tonto, fué por hacerte rabiar!

Mich. ¡Ay qué peso más grande me quitas de encima!

(Se vuelven a abrazar y cae el telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

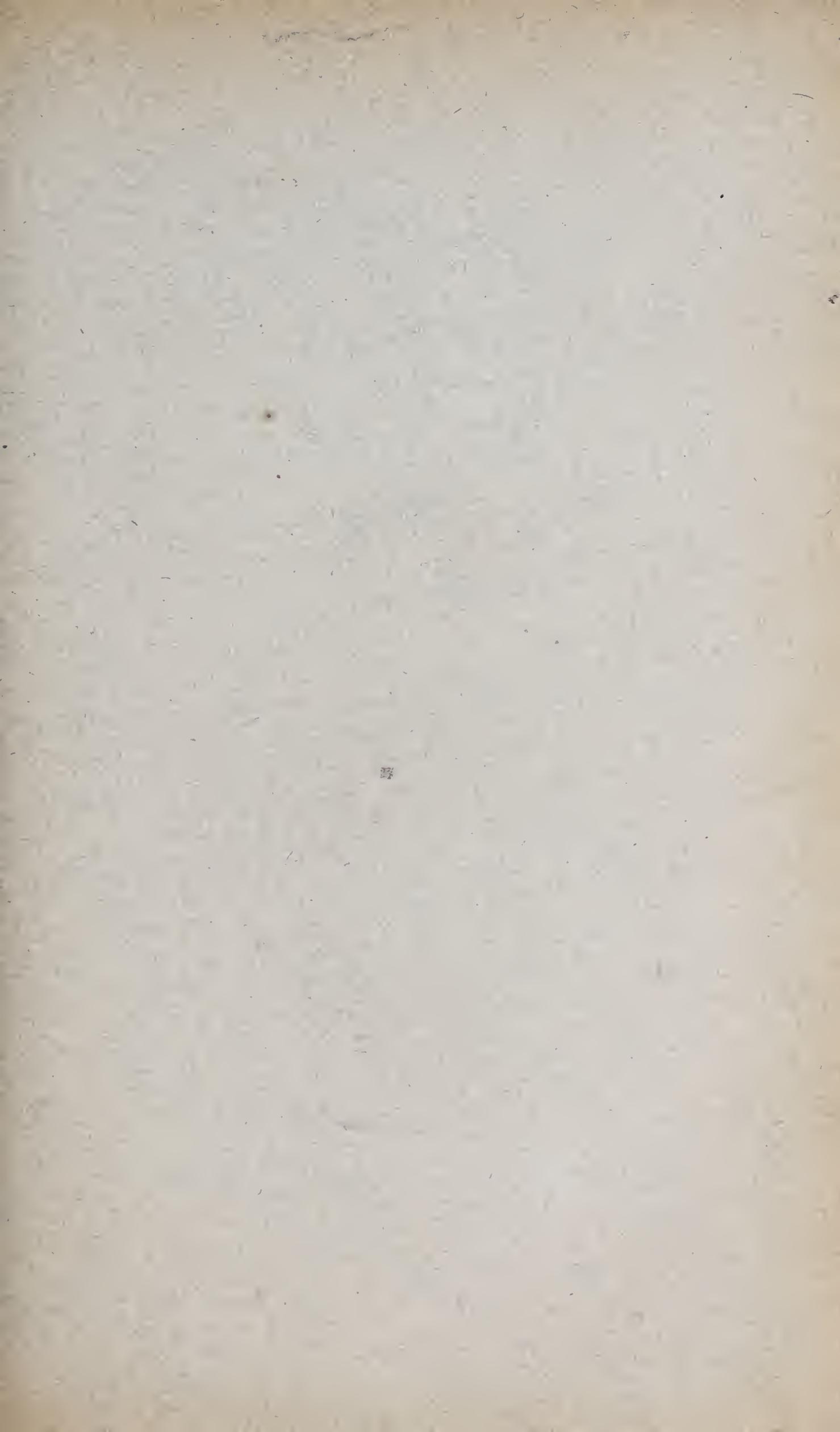


Obras de José Juan Cadenas

- Inés de Castro ó Reinar después de morir*, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó (1).
- El trágala*, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original (1).
- La Walkyria*, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner (1).
- Eas violetas*, boceto de comedia en un acto y en prosa.
- La Dolora*, juguete cómico en un acto y en prosa (2).
- El famoso Colirón*, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso (3).
- El primer pleito*, comedia en tres actos y en prosa (4).
- Género chico*, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso (5).
- El Delirio Dominical*, humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso (6).
- La tragedia de Pierrot*, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso (5).
- El conde de Luxemburgo*, opereta en tres actos.
- La niña de las muñecas*, opereta en tres actos.
- || *Al fin, solos!!...* juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa (2).
- La mujer divorciada*, opereta en tres actos.
- Soldaditos de plomo*, opereta en tres actos.
- Princesitas del dollar*, opereta en tres actos.
- Los molinos cantan...* opereta en tres actos (5).
- Los Húsares del Kaiser*, opereta en tres actos.
- Mis tres mujeres*, opereta en tres actos (5).
- Petit café*, comedia en tres actos de Tristan Brenard.
- Los inmortales*, comedia en cuatro actos de Flers y De Caillavet.
- La toma de la Bastilla*, comedia en cuatro actos.
- La alegría del amor*, fantasía lírica en un acto, música del maestro P. Luna (5).
- La señorita Capricho*, opereta en tres actos, música de H. Bereny (5).
- Las píldoras de Hércules*, opereta en tres actos (5).
- A ver si cuidas de Amelia!*, opereta en tres actos (5).

- El Príncipe Carnaval*, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde (5).
- El Señor Juez*, vodevil en cuatro actos (7).
- Mi tía Ramona*, comedia bufa en tres actos.
- Mi amiga*, humorada en tres actos (5).
- La loca aventura*, comedia en tres actos (7).
- El capricho de las damas*, vodevil en tres actos, música del maestro Foglietti.
- La invitación al vals*, opereta en tres actos, música del maestro Strauss. (5)
- La mujer ideal*, opereta en tres actos. (5)
- Los trovadores*, comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti. (5 y 7)
- El abanico de la Pompadour*, vodevil en tres actos. (5)
- La reina del cine*, opereta en tres actos. (6)
- La bella Riseta*, opereta en tres actos, divididos en un prólogo y cuatro cuadros, música de Leo Fall. (5) y (7)
- El amor en automóvil*, vodevil en tres actos. (5)
- El último Mosquetero*, vodevil en tres actos. (5)
- La dama blanca*, opereta en tres actos. (5)
- La princesa loca*, opereta en tres actos. (5)
- La araña azul*, vodevil en tres actos. (8)
- Los alegres maridos de Maxim's*, vodevil en tres actos, música del maestro Calleja. (8)
- La toma de la Bastilla*, juguete en cuatro actos.
- La corte de los gorriones*, comedia en tres actos y en prosa. (8)
- Un contrato leonino*, farsa en tres actos. (8)

-
- (1) En colaboración con D. Luis Paris.
- (2) Idem con D. Enrique López-Marin.
- (3) Idem con D. Enrique García Alvarez.
- (4) Idem con D. Cristóbal de Castro.
- (5) Idem con D. Ramón Asensio Más.
- (6) Idem con D. Agustín R. Bonnat.
- (7) Idem con D. Enrique Gutiérrez Roig.
- (8) Idem con D. Sinibaldo Gutiérrez.



Precio: DOS pesetas